

ACTUAGIDADES

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA, LITERARIA, HUMORISTICA, INSTRUCTIVA.

DIRECTOR

FRANCISCO R. GONZALEZ

HSR032211

AÑO IV

SAN SALVADOR, C. A., DICIEMBRE DE 1918.

No. 48

SAN SALVADOR

FUNDACIÓN.—DESTRUCCIÓN.—REFUNDACIÓN.
RUINA.—TRASLADO.

Sabido es que los conquistadores españoles, capitaneados por Pedro de Alvarado, penetraron por primera vez a lo que hoy es territorio salvadoreño en junio de 1524, y tuvieron que librar sangrientos combates en Acaxutla, Tacuzcalco y Cuzcatlán. Aquí estuvo luchando diecisiete días, y en las serranías vecinas, las que están al Sur del actual asiento de San Salvador, tuvieron los españoles una derrota en la que perdieron once caballos y elementos de guerra, y fueron heridos innumerables indios auxiliares y varios españoles. Derrotados, amenazados por los indios que tenían fuerzas superiores y mejor situadas, amenazados también por las lluvias torrenciales y la falta de alimentos, en un país enemigo, resolvieron los españoles regresar a Ixinché o Tecpán-Guatemala; salieron de Cuzcatlán un miércoles, 6 de junio de 1524, y llegaron a Ixinché el 21 del mismo mes (el día X Tirador de Cervatana, dice el Príncipe cachiquel Xebuta Queh) y allí fundaron la ciudad española de Santiago de Guatemala, llamada comunmente con sólo este último nombre. Estando allí, con fecha 28 de julio de 1524, escribió Alvarado a Cortés, dándole cuenta de sus campañas contra Atilán, Escuintla, Cuzcatlán, confesando la casi inutilidad de la campaña contra los pipiles.

«Sobre estos indios de esta ciudad de Cuzcatlán, —dice en ella Alvarado,—estuve diecisiete días, que nunca por entradas que mandé hacer ni por mensajeros que les hice, como he dicho, les pude atraer, por la mucha espesura de los bosques, y las grandes sierras y quebradas y otras muchas fuerzas



DON PEDRO DE ALVARADO

que tenían. Y más adelante dice: acordéme (estando en Cuzcatlán) volver a esta ciudad de Guatemala y de pacificar de vuelta la tierra que dejaba atrás, y por cuanto hice y en ello trabajé, *nunca los pude atraer al dominio de su majestad*, porque toda la costa Sur por donde fui es muy montañosa y las sierras cerca, en donde tienen acogida; así es que yo soy venido a esta ciudad por las muchas aguas, a donde para mejor conquistar y pacificar esta tierra grande y rica de gente, hice y edificué en nombre de su majestad una ciudad de españoles que se dice la ciudad del Señor Santiago». Y más adelante agrega: «Pasados estos dos meses (agosto y septiembre) que me quedan de lluvias, que son los más recios de todos, saldré de esta ciudad en demanda de la *provincia de Tapala*.»

Por esa carta de Alvarado se ve claramente que San Salvador no fué fundada en la primera campaña contra los pipiles de Cuzcatlán, sino «después de la fundación de Santiago de Guatemala», y probablemente, —según las intenciones de permanecer allí dos meses— «después de septiembre de 1524».

Pero antes de que pasaran esos «dos meses», el 26 de agosto, se sublevaron los cachiqueles, y los españoles tuvieron que salir de Guatemala en septiembre, a tierra de sus entonces aliados (quichés y zutuhiles) estableciéndose en Xepau, en donde permaneció la capital de la colonia hasta 1526. La situación de los españoles era desesperante; los alimentos adquirieron precios fabulosos, la municipalidad no pudo reunirse durante cuatro meses hasta «el 12 de diciembre», (Libro de Actas del Ayuntamiento etc., pags. 8-10), Alvarado pasó en cama «hasta diciembre», gravemente enfermo a consecuencia de la herida que recibió en Acajutla (Proceso de residencia, etc), probablemente descuidada, y tan mal estuvo, que, según dice él mismo, estuvo a punto de perecer. Como fácil es comprender, es altamente probable que en situación tan difícil, durante ese tiempo no se mandó ninguna expedición a Cuzcatlán, y por lo tanto, que San Salvador no fue fundada por entonces, y que los *fundadores de ésta, salieron de Xepau* (en donde estaba la capital de la colonia entonces y en 1525) *después del 12 de diciembre de 1524*.

«Pasados estos dos meses de lluvias que me quedan, que son los más recios de todos,—dice Alvarado en la referida carta,—saldré de esta ciudad en demanda de la provincia de Tlapala, que está a quince jornadas de aquí, tierra adentro, que según soy informado, es la ciudad tan grande como esa de México y de grandes edificios; y sin ésta hay muchas otras, y cuatro o cinco de ellas han ve-

nido aquí, a mí, a dar obediencia a Su Magestad, y dicen que la una de ellas tiene treinta mil vecinos. Con tales informes fácil es comprender la impaciencia del activo capitán español por emprender la conquista de Tlapala, y que es altamente probable que haya emprendido esa campaña poco después de la reducción de los cachiqueles, «a mediados de diciembre», o a más tardar «a fines de ese mes o principios de enero de 1525», fecha en que Alvarado recibió refuerzos que le envió Cortés desde México. De todos modos esa expedición a Tlapala (pueblos nahoas de la región del Güija, Hueytlán, Hueytlato, Payaqui) se verificó ciertamente antes de 1526, fecha en que algunas poblaciones de esa región ya estaban sometidas (después se sublevaron), lo que da grandes probabilidades a la campaña de principios de 1525 contra algunos pueblos de Tlapala.

También nuestros historiadores han considerado como muy probable, casi como indudable, una segunda campaña contra Cuzcatlán, a fines de 1524 o a principios de 1525, antes de la fundación de San Salvador. En la campaña de junio y julio de 1524, como se ha visto, triunfaron los cuzcatlecos contra los españoles, y por ese motivo se supone con alguna razón que hubo necesidad de una segunda campaña contra ellos, antes de que se estableciera la colonia de San Salvador, y como ésta, según se verá, ya existía en mayo de 1524, resulta que esa campaña debe haber sido en la fecha indicada, de modo que las campañas de Tlapala y Cuzcatlán (la segunda) se verificaron hacia el mismo tiempo (fines de 1524 o principios de 1525.)

Si tenemos presente que de Cuzcatlán a Guatemala, Alvarado tardó, casi sin detenerse, quince días en regresar (del 6 al 21 de julio de 1524) y si recordamos que, según el mismo Alvarado, Tlapala distaba de Guatemala «quince jornadas», las fuerzas españolas salidas, como se ha visto, «lo más temprano a mediados de diciembre de 1524», no pudieron llegar a Tlapala o a Cuzcatlán, sino a principios de 1525, y por lo tanto, que *San Salvador no fué fundada en 1524*, sino después, y eso aunque no hubiera habido tales campañas, pues saliendo sus fundadores a mediados de diciembre, habrían llegado al lugar en que la fundaron en los últimos días de ese mes o en los primeros del siguiente. Si hubo tales campañas, lo que es probable, la fundación se verificó mucho más tarde.

En el *Proceso de residencia, instruido contra Pedro de Alvarado etc.*, se encuentran algunos pasajes que se refieren a la fundación de San Salvador. Uno de ellos es el siguiente, que se encuentra en el escrito presentado por Alvarado en

respuesta a los cargos que se le hacían: «... en ellas poblé una Ciudad que se dize Santiago (Guatemala) con cierta gente española, e estando la en dicha Ciudad tuve noticia de otras tierras más adelante, e fui a ellas, e llegué hasta tierra firme de Pedrarias (Nicaragua), e hice e poblé una Villa que se dize San Salvador» (Pág. 88).

Y en el Interrogatorio de descargo, hecho a los testigos presentados por Alvarado para probar la verdad de sus afirmaciones, se lee en la LXXXII pregunta, pág. 166:

«Yten sy saben, etc., questando el dicho Pedro de Alvarado en la dicha Ciudad que pobló en la dicha provincia de Guatymala, se partió de allí en demanda de la provincia de Cuzcatlán, la que halló buena e fértil, e tomó pesesyon della por su magestad, e después de buuelto a la dicha provincia de Guatymala envió ciertos españoles a poblar a la dicha provincia, e hizo e pobló una villa que se dize San Salvador, la cual está poblada de españoles e en servicio de su magestad, e así mismo las provincias a ella comarcanas».

De esos pasajes «parece resultar» que después de la fundación de Santiago de Guatemala (25 de julio de 1524) Alvarado estando en ella, supo de otras tierras más adelante de las que hasta entonces había recorrido, que fuese a ellas y llegó hasta Tierra Firme de Pedrarias («por hicia Nicaragua», dice Gomara en su *Historia General de las Indias*) atravesando evidentemente la provincia de Cuzcatlán, y de allá regresó a Santiago, de donde envió a ciertos españoles a fundar a San Salvador. Esa expedición de Alvarado hasta Tierra Firme de Pedrarias antes de la fundación de San Salvador, es evidentemente la segunda campaña contra Cuzcatlán a través quizás de la parte Sur de Tlapala (Departamento de Santa Ana) ya que «en la primera campaña», la de junio y julio de 1524, Alvarado «no pasó de Cuzcatlán, no llegó hasta Tierra Firme de Pedrarias» ni cabe suponer que en la época del proceso pudiera Alvarado admitir que los dominios de Pedrarias se extendían «hasta la Ciudad de Cuzcatlán» (hasta donde él llegó en la primera campaña), cuando ya estaba en posesión de lo que es ahora la parte oriental de esta República y cuando el mismo Pedrarias había reconocido (antes de la expedición de Estete) que Nequepio, situado cerca del golfo de Chorotega (o de Fonseca), estaba en la provincia de San Salvador o Cuzcatlán, etc. Milla, hablando de la expedición de Alvarado en 1526, a través de Cuzcatlán, y la región oriental hasta Choluteca, dice: «Entendió su viaje a Honduras, tomando el camino de Cuzcatlán, pues el directo

por Esquipulas pasaba por algunos pueblos que aun no estaban sometidos a los españoles» lo que implica que los pueblos ultralempinos, en 1526, ya estaban sometidos, lo que parece probable dado que Alvarado pasó de Cuzcatlán a Choluteca en ese año sin ninguna resistencia, de modo que es probable para 1525 una campaña contra los pueblos «ultralempinos», una campaña en que las fuerzas de Alvarado llegaran hasta los dominios de Pedrarias, que por entonces (en 1528) se extendían hasta cerca del golfo de Chorotega, aunque sus agentes, por mar, habían llegado hasta Tehuantepeque, en México (Herrera, Gomara). Herrera (Dec. IV, Lib. III, Cap. II, año 1528) habla del convenio hecho entre Pedrarias y Salcedo, en que se fijó como límite de los dominios del primero, una línea que partiendo del Golfo de Fonseca fuera hasta Trujillo.

Uno de los antiguos cronistas, Vásquez, en su *Crónica de la Santa Provincia etc.*, Tomo I. Cap. X, afirma que la reducción de Cuzcatlán fue hecha en 1525, y por lo tanto, la campaña de 1525 contra Cuzcatlán, de que vengo hablando, no es una campaña sólo probable sino que históricamente cierta.

«Por el año de 1526, dice Vásquez, volviendo de Honduras el Adelantado, Gobernador y Capitán General de estas provincias, D. Pedro de Alvarado, halló en guerra a la provincia de Cuzcatlán, aviendo sido conquistada y reducida el año antecedente», esto es, 1525.

Así se tiene, con todas las dudas y reservas del caso, que Alvarado salió de Santiago en 1525 y llegó a Tierra Firme de Pedrarias (Nicaragua) sometiendo a las poblaciones situadas a su paso, las que eran Sihuatehuacán (Sta. Ana), Cuzcatlán (pueblo de este nombre y San Salvador), Chaparrastique (por donde se fundó San Vicente), Bozotlán (por donde se fundó San Miguel), Nequepio (cerca del Golfo de Fonseca) y otras poblaciones; se tiene que después regresó a Santiago de Guatemala y de allí «envió» a fundar a San Salvador. Esta campaña, el tiempo que debió emplearse para ir a Tierra Firme y regresar, conquistando, y luego ir y llegar hasta el punto en que se fundó San Salvador, alejan mucho la fecha de esta fundación no sólo de 1524, sino también de los principios de 1525; dando dos meses a toda esa campaña y vuelta a Cuzcatlán, tendríamos que la fundación se operó en marzo o abril de 1525, ya que en mayo ya existía esa población, y dado el carácter religioso de la época, puede suponerse que fue poco antes de Semana Santa, festividad relacionada directamente con el Santísimo Salvador, de quien tomó nombre la villa, esto es, que fue fundada hacia el 10. de abril de ese año, ya que en 1525

(juliano) la Pascua cayó el 9 de abril y el 2 fue Domingo de Ramos.

La existencia de San Salvador en los primeros días de mayo de 1525 es indudable, pues se hace mención de esa población en el acta de la sesión que tuvo el Cabildo de Guatemala el 6 de ese mes. En esa acta se encuentra el siguiente párrafo:

«Este día el señor capitán general Pedro de Alvarado dijo: que por cuanto él, a nombre de sus magestades, ha hecho elección en esta cibdad de alcaldes y regidores, entre los cuales eligió por regidor a *Diego Holguin*, el cual se fué de esta cibdad a vivir y permanecer en la villa de San Salvador, de la cual es alcalde, e al presente no hay aquí más que un regidor», etc.

Ese párrafo, que deja indudable la existencia de San Salvador el 6 de mayo de 1525, hace muy probable la hipótesis de que Holguin haya sido el primer alcalde, y uno de los fundadores de esa población y que esta villa haya sido fundada «poco antes de mayo de 1525», ya que no debe haber transcurrido mucho tiempo sin que en Guatemala se nombrara el sustituto para el cargo de regidor, lo cual viene a reforzar la opinión ya expuesta de que esa fundación tuvo lugar en marzo o abril, «al rededor del primero de abril», lo que estaría de acuerdo con lo dicho por los antiguos cronistas e historiadores, quienes dicen que San Salvador fue fundada «el 10. de abril», si no fuera que indican el año de 1528 en vez de 1525.

Alvarado envió a ciertos españoles, entre los que estaba Holguin, a Cuzcatlán con el objeto de fundar una villa de españoles, la que se estableció, con el nombre de San Salvador, al rededor del 10. de abril de 1525, siendo el primer Alcalde Diego Holguin. En dónde fue fundada la primitiva San Salvador, se ignora, aunque es legítimo resumir que, a semejanza de lo que hicieron en otros lugares, «la nueva población española» fue fundada «cerca de la población indígena más importante», esto es, *cerca de Cuzcatlán*, que entonces se extendía, a juzgar por los restos indígenas que se encuentran todavía, desde San Jacinto hasta cerca de Santa Tecla. A esa situación tal vez se deba la expresión de «San Salvador, que en lengua de indios se dice Cuzcatan» (Herrera), aunque esto puede haberse originado en que los primeros años del régimen colonial se decía indistintamente Provincia de San Salvador y Provincia de Cuzcatlán.

Cuando en agosto de 1526 regresaba Alvarado de Cholulteca a Santiago (entonces estaba en Olintepeque), acompañado de Luis Marín y Bernal Díaz del Castillo, encontró en armas a todos los pueblos desde el Lempa hasta la capital

de la colonia (Olintepeque). La sublevación era general: chaparrastiques, cuzcatlecos, pinulas, guaymangos, jumaytenses, etc., estaban de guerra, y en medio de esa rebelión, ¿qué suerte tocó a la pequeña colonia de San Salvador?

Según refiere el doctor don Alberto Luna, en un escrito «antiguo y muy curioso, en poder del historiador salvadoreño J. A. Cevallos», se dice que en esa ocasión (1526) «en Chaparrastique encontró (Alvarado) a Diego Holguin que iba fugitivo de los indios que se habían alzado contra su autoridad» lo que hace pensar que desde entonces San Salvador, destruida por los indios, quedó extinguida hasta 1528, fecha de la fundación definitiva.

Bernal Díaz del Castillo, que venía en esa ocasión con Alvarado, en su *Verdadera Historia de los sucesos de la conquista de Nueva España*, Cap. CXCIII, relata esa expedición de 1526, de la siguiente manera:

«..... yendo por nuestras jornadas hallamos a Luis Marín en el pueblo que dice Acalteca; y así como llegamos con aquellas nuevas, tomó mucha alegría, y luego tiramos camino de un pueblo que se dice Mabiani, y hallamos en él a seis soldados que eran de la compañía de Pedro de Alvarado, que andaba en nuestra busca, y uno de ellos fué Diego de Villanueva, conquistador, buen soldado y uno de los fundadores de esta ciudad de Guatemala (en donde Bernal Díaz escribió esa historia), natural de Villanueva de la Serena, que es en el maestrazgo de Alcántara; y cuando nos conocimos, nos abrazamos los unos a los otros, y preguntando por su capitán Pedro de Alvarado, dijeron que allí cerca venía con muchos caballeros, y que venía en busca de Cortés y de nosotros, y nos contaron todo lo acaecido en México, ya por mi dicho, y como habían enviado a llamar a Pedro de Alvarado para que fuese gobernador, y la causa por que no fué; e yendo por nuestro camino, luego de ahora dos días nos encontramos con Pedro de Alvarado y sus soldados, que fué junto a un pueblo que se dice la Cholulteca Malalca. ... En aquel pueblo (Cholulteca Malalca) quedaron los de Pedro de Arias (Garabito y Compañón, agentes de Pedrarias, con los que se habían reunido en esos pueblos), y nosotros nos fuimos camino de Guatymala, y antes de llegar a la provincia de Cuzcatlán, en aquella sazón llovía mucho y venía un río, que se decía Lempa, muy crecido, y no le pudimos pasar en ninguna manera; acordamos de cortar un árbol que se llama ceiba y era de tal grosor que de él se hizo una canoa que en estas partes otra mayor no la había visto, y con gran trabajo estuvimos cinco días en pasar el río, y aun hubo mucha falta de maíz; e pasado el

rio, dimos en unos pueblos que pusimos por nombre los chapanastiques (Fuentes, haciendo el mismo relato, dice «chapanastique», situado entre el Lempa y Cuzcatlán, cerca y al occidente de Lempa), que era así su nombre, a donde mataron los indios naturales de aquellos pueblos un soldado que se decía Nicuesa, e hirieron a otros dos de los nuestros, que habían ido a buscar de comer y venían ya desbaratados, y les fuimos asocorrer, y por no nos detener se quedaron sin castigo (esto es, no se les combatió, y a esa escaramuza se reduce la gran batalla del 6 de agosto de 1526, invención aceptada por los cronistas de los últimos años del siglo XVII y el autor anónimo del escrito citado del señor Cevallos), y esto es en la provincia donde ahora está poblada San Miguel (provincia que en el siglo XVII todavía se extendía hasta más acá del Lempa); y desde allí entramos en la provincia de Cuzcatlán, que estaba en guerra, y hallamos bien de comer; y desde allí veníamos a unos pueblos cerca de Petapa», etc.

En ese relato de Bernal Díaz del Castillo, en que figuran detalles sin importancia histórica, en que se habla de pueblos de Honduras, de El Salvador y de Guatemala, el gran historiador de la conquista, testigo ocular de los sucesos que narra en el párrafo transcrito, no menciona a San Salvador a su paso por Cuzcatlán, y ese silencio del gran historiador en esas circunstancias, indica claramente que «San Salvador no existía o que era idéntico a Cuzcatlán», que menciona, que el asiento de la colonia estuvo hasta entonces muy próximo a Cuzcatlán, como Santiago lo estuvo de Guatemala.

La sublevación de 1526, pues, concluyó con San Salvador, fugándose sus habitantes, quienes se unieron a Alvarado. En el escrito del señor Cevallos, según refiere el doctor Luna, se dice que Alvarado, «dejando a Holguín cinco mil indios de los veinte mil que le auxiliaban, siguió su marcha a Ixinché», lo que indicaría, si se ha de dar crédito a ese escrito, que los españoles continuaron peleando contra los insurrectos, y aunque no se sabe en qué paró esa lucha, lo cierto es que San Salvador dejó de existir, como lo prueba plenamente el hecho indudable de que fué fundada de nuevo en 1528.

«En 1575, — dice Ramesal (Lib. IX, Cap. III), se trasladó la villa de San Salvador al lugar en que hoy está, pero desde el 10 de abril de 1528, edificadas algunas casas, hicieron forma de comunidad y república, y los oficiales de ella, nombrados por Jorge de Alvarado, ejercieron sus oficios, y tomo posesión del cargo de justicia mayor y teniente

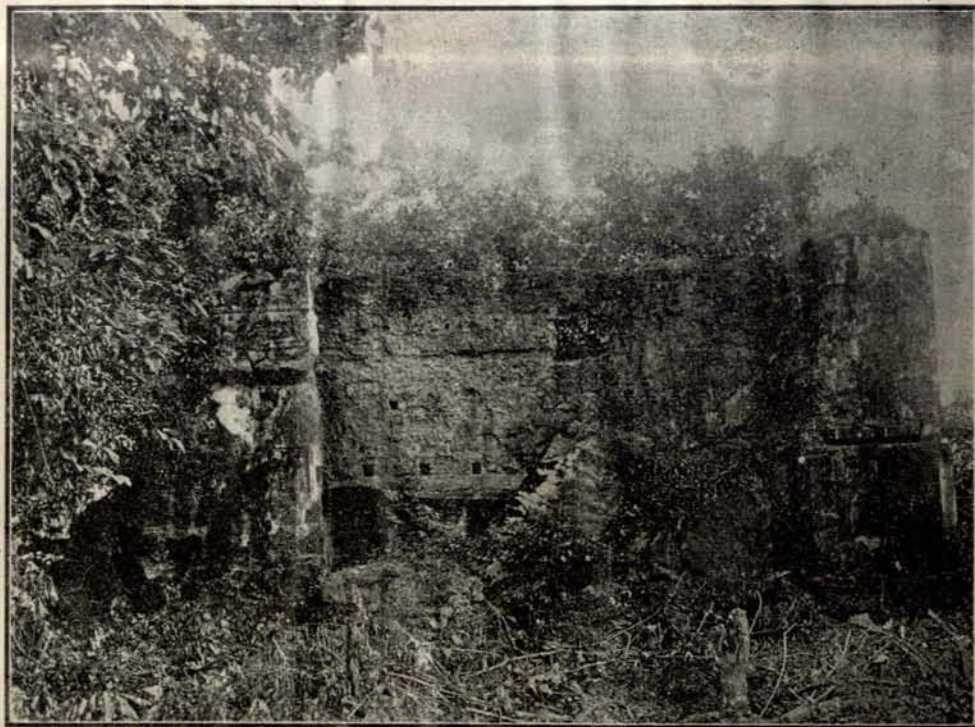
de capitán general en toda la provincia Diego de Alvarado».

«Se fundó (San Salvador), dice Juarros, con el título de villa, el año de 1528 por orden de Jorge de Alvarado, teniente de su hermano don Pedro, con el fin de tener sujeta la provincia de Cuzcatlán. Con este destino envió de Guatemala muchos caballeros de la primera nobleza, y a Diego de Alvarado, primer alcalde mayor y teniente de capitán general de la enunciada provincia, y habiendo escogido sitio a propósito para plantar la villa, hicieron su erección el día primero de abril del expresado año, tomando posesión de sus oficios Diego de Alvarado, los dos alcaldes, el alguacil mayor y seis regidores que nombró Jorge de Alvarado».

Y así, todos los cronistas e historiadores antiguos están acordes en que San Salvador fue fundada el 10 de abril de 1528, lo que implica que en los primeros meses de 1528 no existía San Salvador, y por lo tanto, que la primitiva población de ese nombre se había extinguido.

Brasseur de Bourbourg (*Histoire des Nations civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale*, Tom. III, pag. 681), fundándose en el *Tratado de la fundación del Convento de Dominicanos de San Salvador, etc.*, dice que San Salvador fue fundada «en el valle de Xuchitoto»; pero el P. Vásquez en su *Crónica, etc.*, dice que fue «en la Bermuda», (situada como a 12 kms. al S. de Suchitoto), lo que puede interpretarse como queriendo decir que la Bermuda estaba cerca de Suchitoto, y admitir así la concordancia entre aquel *Tratado dominicano* y el P. Vásquez, debiéndose tener presente que esos datos se refieren a la fundación de San Salvador hecha en 1528, y no a la verificada en 1525.

La región que rodea al volcán de Guazapa está llena de restos de antiguas poblaciones y con gran dificultad podría determinarse cuál fue el asiento de San Salvador (la de 1528), si no fuera que Vásquez en su *Crónica* dice categóricamente que estuvo en la Bermuda, que esta hacienda existía con ese nombre en el siglo XVIII y existe todavía con el mismo, de modo que la continuidad histórica del lugar queda suficientemente comprobada, y también si no fuera que Herrera dice que estaba cerca de Perulapán, a unas tres leguas y si no fuera también que en tiempo del cronista Vásquez y a mediados del siglo pasado existía en la Bermuda, a orillas del río del Molino, los restos de la antigua población, destruidos en gran parte por haberse aprovechado sus materiales para nuevas construcciones.



Ruinas de una antigua fortaleza en Acajutla.

En la Estadística General de la República de El Salvador, llevada a cabo a mediados del siglo pasado, con fecha 15 de enero de 1860, en un informe escrito en Suchitoto, aparece la siguiente descripción de las ruinas de La Bermuda:

"Existen en la hacienda de La Bermuda, situada al Sur de esta ciudad (Suchitoto), a tres leguas de distancia, los vestigios de una ciudad que no alcanza la tradición a los tiempos de su ser; pero a la simple vista, se ven las calles delineadas, y una que conserva todavía su empedrado; las basas de las columnas de un templo con figuras en bajo relieve en sus cuatro rostros, y otras todavía más elevadas que indican haber servido a la arquitectura de la portada; se hace notar el cuadro de la plaza, y a alguna distancia de estos fragmentos, están los escombros de un molino a la orilla del río de este nombre. Con alguna distancia se ven los cimientos de otras casas como de campo o chacras. Se encuentra una canoa también de piedra de una sola pieza y como de cuatro varas de largo, rota en sus extremos (probablemente canoa para el agua de los animales)"

"Los antiguos dueños de La Bermuda

hicieron uso de algunas de las basas para colocar los pilares del corredor de la referida hacienda, y hasta estos últimos años que han reedificado la casa, están abandonadas por el patio las referidas basas".

"Ese espectáculo se encuentra al Sudeste de la memorada hacienda como a dos millas de distancia".

"Hay la opinión casi general que fue la Ciudad de San Salvador *existente mucho antes de la conquista*; o más bien dicho, la Capital de la Provincia, sin que haya fundamentos para dar crédito a semejante especie, porque, según la historia, la Ciudad de San Salvador data de la conquista a esta parte *en el lugar donde se halla*".

Es lástima que no se sepa de donde provienen los datos contenidos en este último párrafo pues la existencia de San Salvador "desde mucho antes de la Conquista" "en el lugar donde se halla" indicaría claramente la identidad primitiva de Cuzcatlán y San Salvador, esto es, que la villa española, en 1525, fue fundada como se hizo referencia, a inmediaciones de Cuzcatlán, entre Cuzcatlán y Cuzcatancingo.

Los restos que el autor de ese informe supone ser de casas de campo o chacras a inmediaciones de San Salvador (en La Bermuda) pueden ser los restos de las antiguas poblaciones de Mejicanos y Acuilhuaca fundadas cerca de San Salvador por "los mejicanos y acolhuas, traídos por los conquistadores como auxiliares", que probablemente corrieron la misma suerte que los españoles, acompañándoles en sus fugas, ataques y traslados.

Respecto a quienes fueron los fundadores de San Salvador existen algunas dudas. Hemos visto que en 1525, don Pedro de Alvarado «envió a cierta gente española a fundar una villa que se dice San Salvador» y que la única persona cuyo nombre se menciona es la de Diego Holguín, que se cita como alcalde y en su fuga en 1526, y es de suponerse que por entonces haya sido él la principal persona de San Salvador.

El doctor don Alberto Luna publicó un manuscrito en que aparece un cuadro que dice:

«Jesús María. Los conquistadores que conquistaron e poblaron la ciudad de San Salvador y ayudaron a conquistar las demás provincias, etc., Diego de Alvarado, Diego de Usaya, Diego Martín, etc.»

Ese cuadro fué escrito evidentemente después de 1546, fecha en que se dió a San Salvador el título de Ciudad, o por lo menos, ya que algunos opinan que ese título se le dió en 1543, la fecha (1546) en que en las actas municipales empieza a usarse ese título (en las actas de los años anteriores aparece el título de villa) y es de creerse que en esa lista no figuren todos los conquistadores sino únicamente los que «conquistaron y poblaron», y que se refiera a los que la conquistaron y poblaron definitivamente, en 1528.

«Llegaron a Cuzcatlán los españoles que envió Jorge de Alvarado a fundar la referida villa que todos eran de la primera nobleza de Guatemala, a fines de marzo de 1528 y, escogido el sitio para plantar la población, el 10. de abril de dicho año establecieron y fundaron la Villa de San Salvador, tomando posesión de sus empleos los oficiales nombrados por Jorge de Alvarado: Diego de Alvarado, Justicia mayor y Teniente de Capitán General, Antonio de Salazar, etc.» (Juarros, *Comp. de la Hist. de la Ciud. de Guat.*)

De eso resulta que en 1525 envió Pedro de Alvarado a Diego de Holguín y a otros españoles a fundar la villa de San Salvador, y que en 1528 en ausencia de don Pedro, su hermano Jorge de Alvarado envió a don Diego de Alvarado y a otros españoles de la primera nobleza de Guatemala a fundar de nue-

vo a San Salvador, que como se ha visto, ya se había extinguido.

Algunos de nuestros historiadores han supuesto que la fecha de 1528 corresponde a la traslación de San Salvador de la Bermuda al lugar en que hoy se encuentra y admiten que allá fué la fundación en 1525, pero fácilmente se comprende por las ruinas que San Salvador en la Bermuda no pudo haber estado sólo tres años, sino un número mucho mayor. El cronista Vasquez dice que los restos indican que la villa de Salvador se conservó algunos años en la Bermuda.

Otra razón que puede aducirse en contra de la traslación en 1528 es que en 1529, cuando la expedición de Estete, San Salvador estaba cerca de Perulapán, en donde el feroz emisario de Pedrarias fundó la Ciudad de los Caballeros. En la «Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano, escrita por don Antonio de Herrera, cronista mayor de su Md. de las Indias y su cronista de Castilla», etc., editada en 1,600, hablando de la expedición de Estete, en la Década III, Lib. VII, Cap. V, año 1530, pág. 166, el ilustre cronista dice:

«.....pidió (Estete) que le recibieran por Capitán y Gobernador, ofreciendo, si lo hacían, de no tomarles Indios; y porque no lo quisieron salió de la villa (de San Salvador) y se fué dos leguas a un pueblo llamado Perulapa a donde fundó la población que llamó Ciudad de los Caballeros», etc.

Y esa distancia a que se encontraba San Salvador de Perulapán en 1530 (dos leguas), por muy malas que sean las apreciaciones de distancias prueba que por entonces San Salvador estaba todavía en la Bermuda, y no en el lugar en que hoy se encuentra, distante poco más de cinco leguas de Perulapán.

Hablando hace algún tiempo de ese asunto con mi estimado maestro don Francisco Gavidía, me manifestó que él había creído que la traslación se verificó después de 1535, fecha en que los españoles lograron dominar definitivamente a los pipiles de Cuzcatlán y de la Costa del Bálsamo. Ese argumento del Sr. Gavidía es en mi concepto de gran peso, puesto que es evidente que la causa que hizo edificar la villa de San Salvador en 1528 lejos de Cuzcatlán, debe haberla mantenido allí. Después de la derrota sufrida por los españoles en Cuzcatlán en 1524, y después de los acontecimientos en 1526, es de creerse que los españoles consideraron prudente establecerse lejos de la cordillera costera, en donde los pipiles se habían refugiado, y hacían resistencia y atacaban por sorpresa a los españoles, esto es, establecerse lejos de Cuzcatlán, en la

Bermuda, por lo menos mientras pasaba el peligro de las sorpresas, las que podían ser terribles para los españoles que emprendieron contra los indios pipiles las campañas de 1524, 1525, 1533 y 1535 fuera de otras de menor importancia. Así, pues, la traslación de San Salvador de la Bermuda a Cuzcatlán, debe haberse verificado «después de 1535.»

Y además de estas razones que nos llevan a conclusiones más o menos probables, existe la afirmación casi unánime de los antiguos cronistas o historiadores que afirman que la traslación de San Salvador de la Bermuda al valle de Quetzalcoatlán (el lugar en que hoy se encuentra) se verificó «once años después de su fundación en la Bermuda», esto es, en 1539.

«A este paraje, dice Juarros, se trasladó (San Salvador) diez o doce años después de su erección, pues al principio estuvo en un lugar que llaman la Bermuda», y como se ha visto, la fecha indicada por Juarros para su erección es la de 1^a de abril de 1528, la traslación, según ese antiguo historiador, se operó en 1538 o 1540, de lo que resulta que se verificó hacia 1539, como queda indicado.

El P. Ramesal dice que «en 1575 se trasladó la villa de San Salvador al lugar en que hoy está», pero uno de sus contemporáneos, el P. Vásquez refuta esa afirmación. Este, en su *Crónica de la Santa Provincia del Dulcísimo Nombre de Jesús de Guatemala, etc.*, Tomo I, Cap. X dice lo siguiente:

«No es este el sitio el que primero tuvo la ciudad, sino el que llaman de la Bermuda donde hasta estos tiempos hay rasiros de haberla poblado allí, y conservándose algunos años la villa de San Salvador. Pero no me persuado a que fuesen tantos, como algún escritor dice (Ramesal), y tengo para mí que aún no llegaron a veinte los que allí estuvo. La razón que me motiva pensar así es que ninguno hay que llame Ciudad a la Bermuda, sino Villa de la Bermuda y asentado esto no pudieron llegar a 20 los que allá estuvo la población de San Salvador, porque a los 15 de su fundación (en 1,543) tuvo el título Real de Ciudad». La fundación, según Vásquez, fue en 1528.

Hay un testimonio de gran peso que prueba que la traslación no se operó en 1575, como dice Ramesal: el testimonio del Oidor don Diego García de Palacio que en su bien conocida carta de 8 marzo de 1576, dice al Rey que la encontró arruinada por el terremoto de 1575, y por los detalles que da resulta que estaba ya en el lugar en que hoy se encuentra, al pie del volcán de San Salvador, junto de Cuzcatlán, no lejos de los Texacuagos, a la altura de 130

36", según dice, y cerca de un río y unos baños termales, que indudablemente son el río Acelhuate y las fuentes llamadas La Chacra y El Coro (antes El Corozo), situación de San Salvador que resulta también del relato cosmógrafo—cronista Juan López de Velasco en su *Geografía*, etc., escrita hacia 1574.

Scherzer citado por Montessus, fundándose probablemente en los escritos de los padres dominicos, da para la ruina de San Salvador y su traslado al lugar en que hoy se encuentra, la fecha de 1538 o 1539, casi lo mismo que Squiers quien afirma que el traslado se operó en 1539, y lo mismo que casi todos los antiguos historiadores, por lo que debe aceptarse, con confianza esa fecha.

Ramesal, como se ha visto, dice que San Salvador fue trasladada después del terremoto de 1575, y Scherzer y Montessus dicen que San Salvador fue arruinada en 1538 o 39 por numerosos terremotos, a lo cual se debió su traslado.

“1538 o 39.—San Salvador, arruinada por numerosos temblores de tierra, es trasladada de la Bermuda, en donde fue construida primitivamente, según se cree en 1526, a su posición actual incontestablemente más expuesta a los temblores (Scherzer)”. Así dice Montessus de Bellore en su obra *Tremblements de terre et eruptions volcaniques, etc.*, y eso agregado a lo que dice Ramesal (que San Salvador fue trasladada después del terremoto de 1575) hace pensar que efectivamente San Salvador en la Bermuda fue arruinada por los terremotos, y a eso debe agregarse que, según Oviedo y Valdés, poco antes de la media noche del 24 al 25 de noviembre de 1529 un violento terremoto se dejó sentir en toda la provincia de Honduras y parte del mar de las Antillas (lo sintió Johan de Lobera).

Sin embargo, yo dudo mucho de que haya sido el terremoto de 1529 la causa de la ruina y traslación de San Salvador de la Bermuda al lugar en que hoy se encuentra, porque *la Bermuda está, aunque dentro del área destructora, fuera del área ruinoso de los terremotos*, y porque los antiguos cronistas y la tradición están acordes en atribuir a los meteoros la traslación de San Salvador al lugar en que hoy está.

El P. Motolinia que llegó a San Salvador cuanto todavía se encontraba en la Bermuda, fue sorprendido extraordinariamente por las tempestades de estas regiones, y escribió, como cosa notable, que allí los terrenos «son muy desafiados y espantosos, tanto, que pone grima y muy grande temor el vivir en aquella villa».

El P. Vásquez en su crónica dice: “La razón que hubo para mudar la Ciudad al paraje donde está, es que el sitio de la Bermuda, aunque es fr de buen

panino, es el clima y el cielo muy tempestuoso, y lo fue más cuando estuvo allí poblada la Villa.»

Esto es lo que se ha venido enseñando: que San Salvador fue trasladada por el temor que inspiraban los rayos; pero esa razón del cambio de lugar de tan importante población, después de once años de existencia en su primitivo asiento, después de haber hecho importantes construcciones como el templo, etc., es demasiado pueril para ser creída. La razón debe ser otra, de mayor importancia.

El invierno de 1539 pudo haber sido muy copioso y causado inundaciones y el rebalse del río Molino; las tempestades pueden haber sido tan violentas que infundieran momentáneamente algún temor; el terremoto de 1539 pudo haber causado algunos pequeños daños, pero después de diez años de radicación en ese lugar, esas causas no determinan la resolución permanente de trasladarse a otro; sobre esas causas deben haberse agregado razones de orden político y en especial económico.

Hablando con mi estimado maestro Dr. don Víctor Jerez, supe que el citado historiador salvadoreño, señor Cevallos, opinaba que cuando se trasladó San Salvador al lugar en que hoy se encuentra, éste ya estaba poblado, lo cual hace suponer que a la traslación legal siguió la traslación efectiva de una parte de la población, de la Bermuda al primitivo asiento de San Salvador (cerca de Cuzcatlán).

De modo que es casi indudable que, a partir de 1536 por lo menos, los explotadores del tabajo de los indios se hayan establecido cerca de ellos, y que la belleza y fertilidad de Cuzcatlán hayan atraído al europeo más que las áridas regiones del Norte, y en fin, que sometidos los indios (1535), los españoles pudieron y tuvieron que establecerse cerca de ellos para mantener la dominación y obligarles a los trabajos a que estaban condenados los indios del «país de las riquezas»: Cuzcatlán.

Las actas de la Municipalidad de San Salvador más antiguas de que se tiene noticia, datan de 1529, cuando todavía estaba en la Bermuda, y a partir de 1539 su progreso fue tal que cuatro años después le fue dado el título de Ciudad, aunque en las actas municipales no aparece este título sino hasta 1546, ignorándose el motivo por el cual no se tuvo en San Salvador noticia de ese hecho el mismo año de 1543, de modo que en las actas municipales de 1544 y 1545 todavía se le da el título de villa. La fecha de la Real Cédula de Carlos V dando a San Salvador el título de ciudad, según Vásquez, es de 27 de septiembre de 1543; pero esa Cédula ha sido publicada a veces con la fecha de 1543 y a

veces con la de 1546, y quien sabe si el hecho de que en las referidas actas se use el título de ciudad a partir de este último año, no deba interpretarse como una confirmación de que en 1546 fue cuando recibió tal título.

De todo, llegamos a la conclusión de que la hipótesis que pone de acuerdo a todos los datos es: que por los primeros días de abril de 1525 se fundó San Salvador cerca de Cuzcatlán; que a consecuencia de la sublevación de los cuscatlecos en 1526 los españoles huyeron y que, aunque lucharon poco después, la villa quedó extinguida; que el 10. de abril de 1528 fue fundada de nuevo en otro lugar (La Bermuda); que arruinada en 1539 fue trasladada al valle de Quetzalcoatlán, en donde ahora se encuentra, y en donde estuvo la primera vez, y en fin que desde 1546 usó el título de Ciudad, que le fue otorgado en 1543 o en 1546; todo con los detalles indicados en estas notas y con todas las dudas y reservas del caso.

Un documento oficial de la época y que se refiera a esas cuestiones, bastará para echar abajo todo ese edificio: así son casi todas las verdades históricas, fluctuantes como los vientos e inciertas como las opiniones.

JORGE LARDÉ.



SENTENCIAS DE PUBLIO SYRO

El amor, como las lágrimas, nace en los ojos y cae en el pecho.

—Quien discute con un ebrio, lucha con un ausente.

—El avaro no hace nada bien, más que morir.

—El pariente más próximo es el bienhechor.

—Es morir dos veces morir por voluntad de otro.

—El día siguiente es discípulo del anterior.

—Hasta un cabello tiene sombra.

—El gemido indica el dolor; pero no lo extingue.

—El llanto del heredero es risa disfrazada.

—Cuando menos ha dado la fortuna, menos recobra.

—Piedra que rueda no cría musgo.

—Temblando no se llega al primer puesto.

—El que solamente sirve para sí, está muerto para los demás.

—Las chispas no asustan a los hijos de los herreros.

—Cuando tiembla el inocente, condena a sus jueces.

—Importa vivir bien, no importa vivir mucho.

LA FAMILIA EX IMPERIAL
DE ALEMANIA

El ex Kaiser Guillermo II, ex Emperador de Alemania y ex Rey de Prusia, nació en Berlín el 27 de enero de 1859; hijo del Emperador Federico III y de Victoria, Princesa real de Gran Bretaña e Irlanda. Contrajo matrimonio el 27 de febrero de 1881 con Augusta Victoria, Princesa de Schleswig-Holstein, nacida el 22 de octubre de 1858. Tienen siete hijos, que son:

Federico Guillermo, ex Príncipe imperial de Alemania y ex Príncipe real de Prusia, nacido en el Palacio de Marmor, cerca de Potsdam, el 6 de mayo de 1882; casó en Berlín el 6 de junio de 1905 con Cecilia, ex Duquesa de Mecklemburgo, nacida el 20 de septiembre de 1886. Padres de cuatro príncipes: Guillermo, (1905); Luis Fernando, (1907); Huberto, (1909) y Federico, (1911).

Eitel Federico, nacido el 7 de julio de 1883; casado el 27 de febrero de 1906 con Sofía Carlota, ex Duquesa de Oldemburgo, nacida el 2 de febrero de 1887.

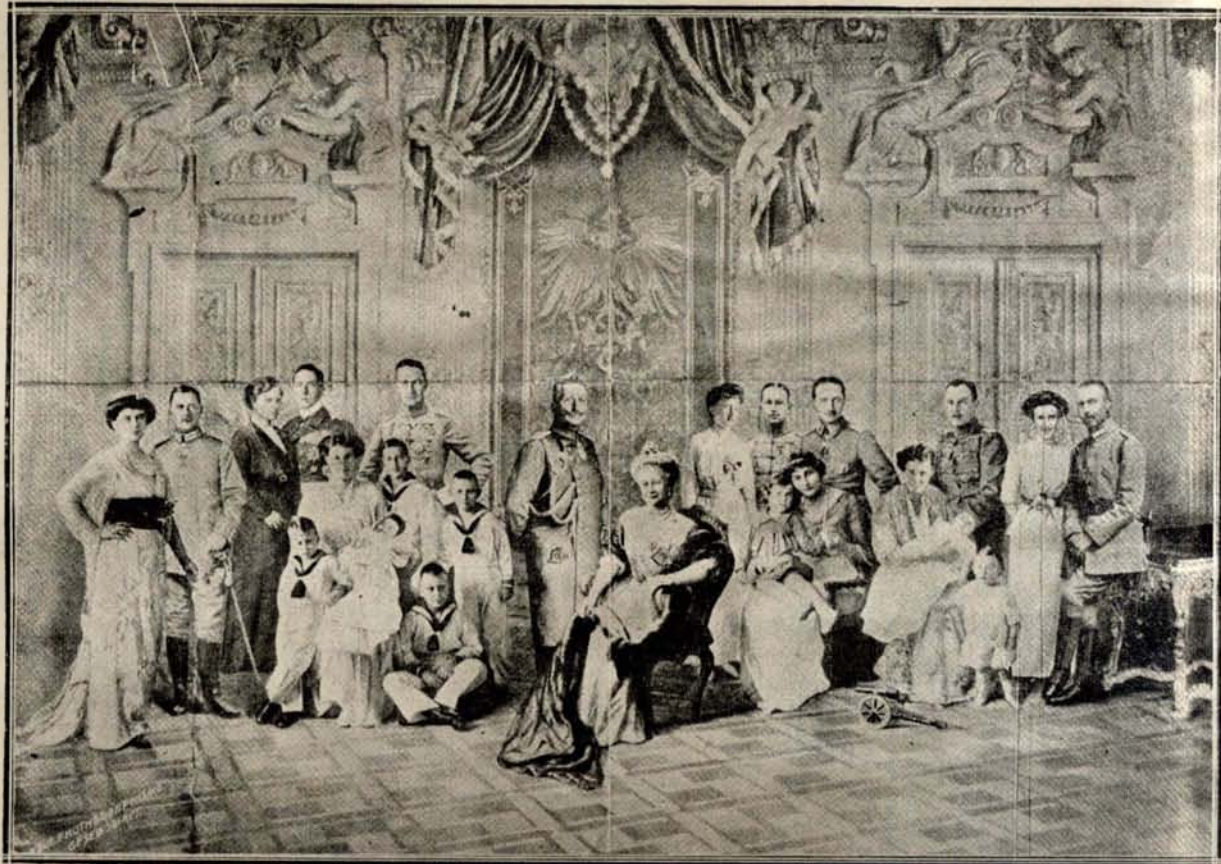
Adalberto, que nació el 14 de julio de 1884.

Augusto Guillermo, que nació el 26 de enero de 1887; es doctor en ciencias políticas; casó el 22 de octubre de 1908 con Alejandra Victoria, ex Princesa de Schleswig-Holstein, nacida el 21 de abril de 1887.

Oscar, nació el 27 de julio de 1888.

Joaquín, que nació el 16 de diciembre de 1890.

Ex Princesa Victoria Luisa; nació el 13 de septiembre de 1892.



LA CASA HOHENZOLLERN

(-REVISTA DE REVISTAS-)

EN el mes de abril de 1415, todo el mundo parecía haberse dado cita en la pequeña ciudad de Constanza. Había llegado Juan XXIII, uno de los tres Papas cuyas disputas eran en parte causa de la convocación del Concilio. Penetró a la ciudad en un palafrén blanco, rodeado de nueve cardenales y de mil seiscientos ginetes. Se le alojó en el palacio del obispo, en cuyos sótanos se hallaban colocados cuatro grandes toneles de vino francés, cuatro de vino de Alsacia y ocho de vino ordinario, para ayudarlo a consumir los cuales los ciudadanos le hicieron presente de una gran copa de plata dorada. Entonces comenzaron a llegar los ochenta y tres enviados representantes de los príncipes y de las naciones de Europa. Para fines de enero, la ciudad tenía el aspecto de una gran feria. Con el fin de evitar disturbios, las calles se cerraban por las noches, valiéndose de cadenas, por los miembros de la ronda, y después de la puesta del sol, se obligaba a todos los transeuntes a que llevara cada uno su propia luz. Un día llegó el duque de Baviera con una gran comitiva de ginetes; otro, el arzobispo de Maguncia entró a la ciudad cubierto por brillante armadura, con el casco bien plantado en la cabeza y con una escolta de setecientos ginetes bien armados. Vinieron luego los representantes de las universidades y de las grandes ciudades. Y se contó que cuando el emperador Segismundo tomó al fin su asiento en la Cámara del Concilio, habían llegado no menos de ochenta y tres enviados representantes de reyes y de príncipes, así como incontables condes, barones y caballeros, mientras que la Iglesia se hallaba representada por treinta y tres cardenales, cuarenta y siete arzobispos, ciento cuarenta y cinco obispos y un verdadero ejército de clérigos de menor categoría. Con todos esos hombres llegó otro ejército de cocineros y taberneros, de armeros y joyeros, de músicos y actores, con el resultado de que Kichental, que ha dejado una maravillosa pintura de la ciudad durante los días del Concilio, declara que noche a noche tenían que prepararse treinta mil camas, sólo para los visitantes.

Algunos meses antes de esto, había llegado a la ciudad otro de los hombres más responsables de la convocación del Concilio. Este era Juan Huss, el reformista protestante. Vivía en la casa de una viuda llamada Fida, en el actual Hussgasse, y contaba al efecto con la seguridad de un salvo-conducto

del emperador Segismundo. Salvo-conducto que poco después iba a convertirse en «un pedazo de papel», cuando a pesar de la palabra de honor imperial fue quemado por la Iglesia Romana. Pero Segismundo tenía otros que le parecían asuntos de mayor importancia que la suerte de Juan Huss. Necesitaba dinero y estaba en busca de garantías mediante las cuales pudiera obtenerlo. Una de esas prendas era la provincia de Brandenburgo. Y así fue cómo, el 30 de abril de 1415, el Burgrave Federico, que tenía ya empeñada la provincia por 150,000 gulden que había prestado, se convirtió, por concesión de Segismundo, y mediante una suma adicional de 250,000 guldens, en el único Elector de Brandenburgo. Dos años más tarde y en medio de grandes regocijos, el Burgrave Federico fue investido por Segismundo, como Elector de Brandenburgo, en la gran plaza del mercado de Constanza. Así, Brandenburgo, que había servido de rescate a muchos príncipes, pasó al fin a poder de los Hohenzollern.

Dícese que la llegada de los Hohenzollern a Brandenburgo distó mucho de ser popular. La región entera, a la llegada de Federico, se contentó con sonreír, con hacer observaciones sarcásticas sobre que el emperador les había enviado un juguete de Nuremberg como gobernante, y siguió como si los 400,000 guldens de Federico nunca hubieran sido pagados. Esto no resultó del agrado del nuevo gobernante, quien empezó a hacer la guerra a los diversos barones que se atrevieron a desafiarlo, siendo de esta suerte cómo se instalaron en Brandenburgo los Hohenzollern.

Doscientos años antes, el Burgrave Conrado de Hohenzollern había ido a buscar empleo con el emperador Barba Roja. Siete generaciones de Hohenzollern habían mediado entre Conrado y Federico, cuando éste, en el año de 1417, y en la plaza del mercado de Constanza, se transformó en dueño de Brandenburgo, por medio de cuatrocientos mil guldens. Hubo once kurfiirsts Hohenzollern en Brandenburgo, todos los cuales vivieron al estilo de los príncipes alemanes de aquella época. No eran, como lo confiesa Carlyle, verdaderos modelos de virtudes, ni era su fuerte tampoco la cuestión de moralidad. Pero eran intensamente prácticos, y esta virtud especial suya se demostró mediante la extensión gradual que fueron dando a sus dominios. Algunos de esos dominios los compraron, como el Kurfiirst Federico II compró la provincia de Neu-

mark, que al estilo alemán de aquella época había sido vendida por algún emperador a algún príncipe; como Alberto Aquiles, el tercer elector, hombre alto, orgulloso y viejo, que peleaba por apoderarse de todos los territorios a su vista; o como Juan Jorge, el séptimo elector, en una gran reunión de familia celebrada en Gera, falsificó la famosa acta de Gera, mediante la cual se evitó que las diversas posesiones de los Hohenzollern quedaran separadas por alianzas matrimoniales, consiguiendo que se las colocara todas bajo la ley de primogenitura.

Es manifiesto que ya para entonces los electores de Brandenburgo habían encauzado sus destinos por la vía de la monarquía absoluta. En su esfera de acción, eran tan absolutos como el gran emperador Segismundo Super-Grammaticam, a quien se dió ese título por una disputa que sostuvo, en latín, con un cardenal en el Concilio de Constanza, disputa que cortó el monarca, diciendo: «Ego sum Rex Romanus, et super grammaticam». «Soy rey de los romanos y así me encuentro por encima de la gramática».

En esta forma, los Hohenzollern fueron viviendo hasta que llegó la era de la reforma, en cuyas filas se alistaron después de muchas vacilaciones. Por una parte estaba Alberto de Maguncia, que había aceptado un palio del Papa, pero que no podía conseguir su precio, que era el de treinta mil ducados; y por el otro lado se hallaba Jorge de Anspach, que a caballo recorrió doscientas millas, con solo seis compañeros, para desmontar un día a la puerta del doctor Martín Lutero, para que éste aclarase sus dudas. El arzobispo Alberto había establecido un pequeño comercio de reliquias, pero sin duda que su inversión en los sagrados huesos de tres santos, resultó mala, pues se vió obligado a aceptar a Tetzl y a sus indulgencias, como un medio para salir de sus dificultades financieras; Jorge de Anspach no tenía tales dificultades, y puso aquello de manifiesto cuando fue a ver al emperador en Augsburgo. A la larga, sin embargo, todos los miembros de la familia Hohenzollern se pusieron de acuerdo, y así fue cómo Brandenburgo se encontró en las filas del protestantismo durante la gran lucha que siguió.

Ese acuerdo entre los Hohenzollern no se alcanzó con facilidad, pero de todas suertes al fin llegaron a tenerlo y así siguieron durante la lucha que se conoce con el nombre de Guerra de Treinta Años, que comprende la historia de Europa durante todo ese periodo. En aquellos días, Jorge Guillermo era Kurfirst en Brandenburgo; y Jorge Guillermo, hombre pacifista, se contentó con la ac-

ción, en contra de las costumbres de su raza. En el hijo de Jorge Guillermo, que le sucedió en 1640, llegamos al Gran Elector. Fue el Gran Elector el primero que tuvo la visión de un lugar bajo el sol y el que primero hizo el descubrimiento de que no se puede mantener o conservar un lugar bajo el sol sin la ayuda de un poderoso ejército. Así se encargó de la formación de ese ejército, compuesto de 24,000 guerreros, que, siendo empleados con habilidad, transformaron bien pronto a Brandenburgo. Cuando le convenía cambiaba de bandera, y cuando no combatía, se consagraba por orden de su amo a hacer grandes obras de drenaje en las regiones pantanosas, que han quedado hasta el presente como un verdadero monumento, pues aún admiramos el Canal Federico Guillermo, por el cual pueden pasar las barcas desde el Oder hasta el Spree.

Cuando Luis XIV enviaba sus dragones a Nantes, el Gran Elector abrió sus fronteras a los hugonotes, y a la muerte de ese hombre de genio, Brandenburgo llegó a ser más grande que nunca. Después de él, vino Federico, el que formó la guardia prusiana de diez mil hombres, los cuales, a las órdenes de Dessauer, hicieron maravillas en Blenheim, en el puente de Cassano y en la sangrienta batalla de Malplaquet. Dessauer y sus diez mil prusianos realizaron, en efecto, tantas maravillas, que Brandenburgo dejó de ser un Electorado y se convirtió en un Reino, el Reino de Prusia.

Después de Federico I de Prusia, vino el más curioso de todos los monarcas, el medio loco Federico Guillermo. Curiosísimo fue, en efecto, este Federico Guillermo, que en el primer día de su reinado suprimió a todos los funcionarios de la corte, sustituyéndolos por ocho lacayos, a los que pagaba ocho thalers al mes, y por tres pajes en lugar de treinta y seis. Idéntica transformación llevó a cabo en sus cuadras, de las que desaparecieron los mil caballos de silla, siendo reemplazados por solo treinta. Pero hubo algo peor, pues cuando se revisó la lista de pensiones, quedó reducida de doscientos setenta y seis mil thalers, a solo cincuenta y cinco mil. A pesar de su espíritu de economía, Federico Guillermo procedió a organizar un gran ejército, parte del cual estaba integrado por ese extraordinario batallón que ha pasado a la historia con el nombre de Gigantes de Postdam. Así, cada thaler que ahorraba en la lista de pensiones, lo gastaba duplicado en su ejército, y no hubo rincón del mundo al que sus reclutadores no llegaran en busca de los famosos gigantes. Si bien el embajador del rey de Prusia en Londres,

apenas vivía con el monto de su sueldo, se le facultó para que gastara mil trescientas libras esterlinas en comprarse a un irlandés que medía siete pies de altura. A pesar de todas esas locuras, el ejército se hallaba muy bien disciplinado, y los castigos que en él se imponían eran terribles, como lo demuestra el hecho de que los soldados a quienes se condenaba a recibir azotes, preferían suicidarse, por la brutalidad con que el castigo se aplicaba. Por lo que al rey toca, y conforme iban pasando los años, iba volviéndose más y más perverso. Si en las calles de Berlín encontraba a su paso a alguna mujer que pareciera estorbárselo, la arrojaba hasta mitad del arroyo a puntapiés. Si veía a un clérigo contemplando a sus soldados, lo hacía alejarse dándole de bastonazos. En el palacio mismo, se creía que sus moradores vivían en el infierno. La princesa Guillermina era tratada con gran crueldad, y en cierta ocasión el príncipe heredero apenas escapó del peligro de ser estrangulado por su padre furioso, que no tuvo empacho, en otra ocasión, para condenarlo a muerte como desertor, salvándose sólo de sufrir la pena, por la intersección de los estados de Holanda, de los reyes de Suecia y de Polonia y del emperador de Alemania. Ese hijo era Federico el Grande. El resto de la historia de los Hohenzollern no está escrito en los libros de las crónicas de Prusia. El mundo sabe cómo usó Federico el ejército que le legara su loco padre, y cómo ese monarca formuló la doctrina de la Kultur, con toda su inmoralidad. Nadie ignora que fue él quien inició la política de engrandecimiento por medio de conquistas, sin sombra siquiera de excusas, porque esa política se halla descrita en la historia de la guerra de Silesia, mientras que la historia de la guerra de siete años, nos demuestra la forma en que supo conservar sus ganancias.

Este Federico II fue también un hombre curiosísimo, dado a las cosas de Francia en las que no pensaban los prusianos desde que Federico Guillermo, al subir al trono, había arrojado su peluca francesa y todas las costumbres de la nación latina, para formar una corte compuesta de los miembros del famoso parlamento del tabaco. Pero este Federico II escribió execrables versos franceses y tocó la flauta, cosas ambas que resultaban una verdadera abominación para Federico Guillermo. Cuando el conquistador de Silesia subió al trono, trató de formar, en Sans Souci, un Versalles en miniatura, y no tardó en encontrarse el monarca con un gran número de escritores, siempre en riña, alojados en su palacio. Fue entonces cuando se sintió irritadísimo por las burlas que

Voltaire dirigía a su «menagerie», ordenando que dejara de darse al gran escritor su ración de chocolate, lo que dio por resultado que Voltaire, para suplir esa falta, no tuviera empacho en robarse y vender las bujías de cera de los candiles del palacio real.

Pero el Parlamento del Tabaco, de Federico Guillermo, era en cierto modo una institución seria. El rey no quería monarquía constitucional, por lo cual le resultaban superfluos los Parlamentos y hasta los mismos consejeros. Pero, en cambio, todas las noches reunía a sus amigos en su «Tabaks-Collegium», y los ponía a discutir sobre todos aquellos tópicos que un parlamento de verdad hubiera discutido, y cuando se agotaban los temas serios, se pasaba a hablar de guerras pretéritas y hasta de literatura. Entre los miembros principales de esa agrupación, figuró mucho Seckendorff, que era el encargado de la artillería del rey, y alguna vez tomó participación también en los debates, inútiles aunque curiosos, el viejo Dessauer. En ocasiones, la conversación se hacía algo violenta, y no era raro el caso en que el rey y Seckendorff se encontraran gritando a voz en cuello, ambos a la vez, con lo que daban motivo para que Grumkow, el diplomático Grumkow, sacara un trompo del bolsillo y lo pusiera a bailar entre las copas y las botellas. Entonces el rey suspendía irritado su disputa y preguntaba qué significaba todo aquello. Y Grumkow contestaba: «Es un juguete que compré para el pequeño príncipe Augusto, y ahora lo estaba probando.» Entonces, tanto Su Majestad como Seckendorff, se miraban sorprendidos el uno al otro, y las discusiones académico-parlamentarias continuaban en medio de las risas, pero ya con los espíritus calmados.

Hubo otro Parlamento del Tabaco, muchos años después, en los días en que el Gran Humboldt hacía huir de las habitaciones regias a todo el mundo, con solo comenzar su sempiterna peroración: «En la cima del Popocatepetl, a una altura de 17,000 pies sobre el nivel del mar» Cuando llegaba a esta parte de su discurso, se encontraba ya el gran explorador solo en el salón, después de lo cual, la corte dormía tranquilamente, hasta que, dándose el rey cuenta de lo que ocurría, se despertaba, pero tan solo para murmurar: «Duerme, Humboldt, duerme, pero no ronques».

Después de Federico, vino la época napoleónica, durante la cual, la famosa «formación oblicua», que le había dado al rey de Prusia algunas de sus más grandes victorias, quedó enteramente nulificada por el nuevo genio militar que aplastó al ejército prusiano en los campos de Jena.

ACTUALIDADES

La venganza de esa derrota se tomó parcialmente el día de Waterloo, y de nuevo más tarde después de que Prusia había despojado a Dinamarca y Austria, cuando el tercero de los Napoleones se rindió en Sedán, y al proclamarse los Hohenzollern como emperadores de Alemania, en el Salón de los Espejos del Palacio de Versalles.

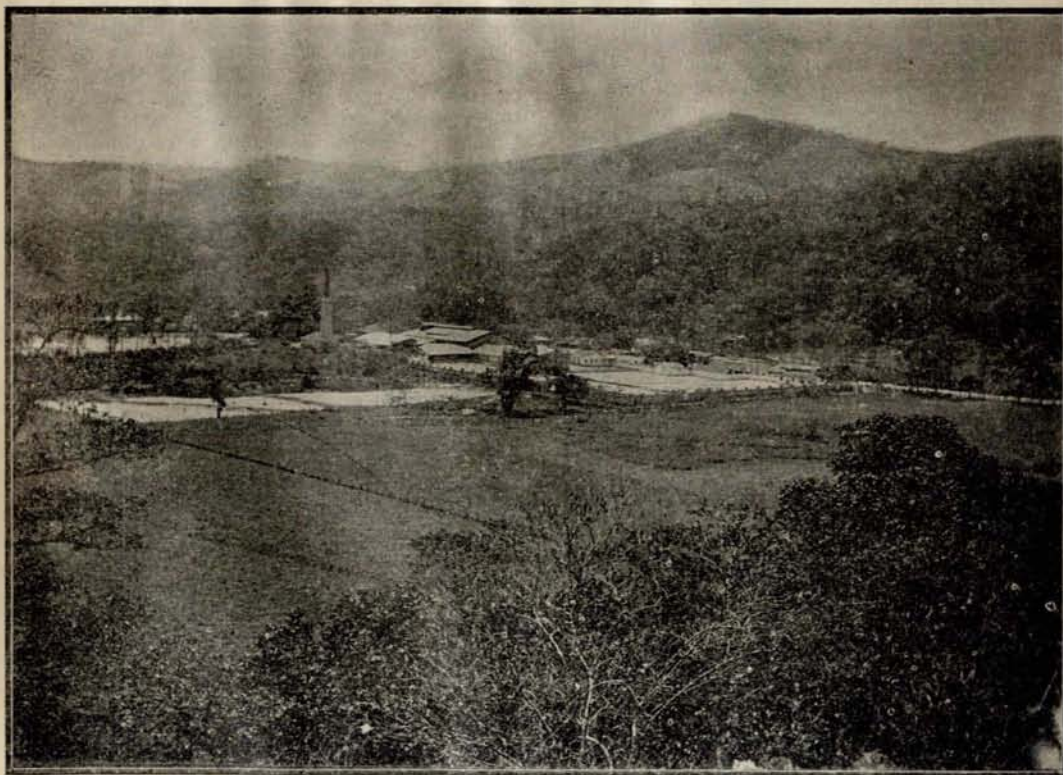
Y ahora nosotros estamos presenciando cómo todo el edificio del poder y del dominio de los Hohenzollern, tundado en el contrato que se firmó entre el emperador Segismundo y el burgrave Federico, en la plaza de Constanza, el día 30 de abril de 1415, está derrumbándose bajo el soplo arrollador de la revolución.

Fue en los días en que el Abad Samson era apenas un muchacho que vivía en St. Edmundsbury, cuando Conrado de Hohenzollern abandonó su castillo en la vertiente oriental de la región de Rauhe-Alp, en el sur de Suabia, y fue a buscar al emperador Barba Roja para a su lado hacer fortuna.

Carlyle da una curiosísima definición de la etimología del nombre de Zollern, de acuerdo con la cual, el nombre que han llevado los miembros de la dinastía alemana hoy depuesta, puede traducirse

como Alto Peaje; y nos hace una descripción de los primeros miembros de esa casa, trepando penosamente de los valles de Italia y de Suiza, hasta las llanuras de Alemania. El mismo Carlyle nos describe a uno de esos hombres casi primitivos, pero con algún talento para dominar la anarquía y para guiar a los demás hombres, construyendo en aquellas montañas su Burg, para pasar después a pintarnos al gran Conrado, miembro de esa raza, cuando exclamó: «¿Por qué un joven que se reconoce capacidades, ha de permanecer en familiar ociosidad dentro de su casa, sin otra ocupación que la de cobrar un peaje forzoso a los viajeros y mercaderes, cuando existe un mundo opulento que sólo espera ser conquistado?» Tal fue la idea que hizo salir de su guarida a Conrado de Hohenzollern, para ir a buscar fortuna al lado del emperador Federico Barba Roja.

Pero existe, sin embargo, una gran diferencia entre el siglo XI y el siglo XX, diferencia tan grande como la que hay entre el St. Edmundsbury de la época del Abad Samson, y el Berlín de nuestros días. Y así lo ha descubierto a costa suya Guillermo de Hohenzollern, emperador alemán.



EL SALVADOR AGRICOLA.—Notable localidad para el cultivo del café en el Departamento de La Libertad.

BOLIVAR, ¿CAUDILLO? BOLIVAR, ¿GENIO?

«ACTUALIDADES» se ufana de contar entre sus nuevos colaboradores al distinguido escritor Dr. don Eduardo Alvarez, quien ha tenido la gentileza de escribir expresamente para esta revista el presente brillante artículo.

“CUANDO diez siglos hayan pasado; cuando la pátina de una leyendaria antigüedad se extienda desde el Anáhuac hasta el Plata, allí donde hoy campea la naturaleza o cria sus raíces la civilización; cuando cien generaciones humanas hayan mezclado, en la masa de la tierra, el polvo de sus huesos con el polvo de los bosques mil veces deshojados y de las ciudades veinte veces reconstruidas, y hagan reverberar en la memoria de los hombres que nos espantarían por extraños, si los alcanzáramos a prefigurar, miriadas de de nombres gloriosos en virtud de empresas, hazañas y victorias de que no podemos formar imagen, todavía entonces, si el sentimiento colectivo de América libre y una no ha perdido esencialmente su virtualidad, esos hombres, que verán como nosotros en la nevada cumbre del Soratá, la más excelsa altura de los Andes, verán, como nosotros también, que en la extensión de sus recuerdos de

gloria NADA HAY MÁS GRANDE QUE BOLIVAR”.

“Nada hay más grande que Bolívar” termina, en su bello climax, JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Y Bolívar, en medio de la grandeza de sus hechos y el encanto de sus virtudes, ha sido llamado caudillo! ¡Caudillo! quien es una de las figuras más altas del genio humano!

Bolívar, gran capitán; libertador de esclavos y de naciones; orador y escritor meritísimo; intelecto excepcionalmente poderoso; creador de leyes y de constituciones; organizador de primer orden; hombre extraordinario que compenetrado de la importancia de la cultura popular, funda escuelas a la vez que hace surgir naciones; quien concibió y puso la primera cimentación de la enorme idea sobre confederar a las naciones indo-hispanas;—es un genio completo, portentoso, así, genio, con la exactitud diaman-



Estatua de Simón Bolívar en Caracas (Venezuela.)

tina con que Juan Montalvo fijó la esencia de la palabra.

BOLIVAR Y WASHINGTON

La figura de Washington, rodeada de hombres preclaros e ilustres, con una preparación completa, es un producto de las capacidades de tales hombres; sus méritos militares fueron mediocres; sus nobles cualidades están en sus virtudes privadas y públicas excelsas.

Bolívar vale por sí mismo, dentro de su molde están un alma y un cuerpo cuyas fuerzas se resuelven en luz vivísima que alumbró a distancias ilimitadas. Sus victorias guerreras forman un cuadro maravilloso, tanto por su organización y estrategia como por su perseverancia y heroísmo sobrehumanos. Su elocuencia militar iguala a su elocuencia civil y ésta tiene resortes *mirabonianos*. En los campos de Junín, electrizó a su ejército, con estas bellas frases: «El Ejército Libertador llevará sus estandartes victoriosos hasta el antiguo templo del padre de la luz.»

De él dijo el General O'Leary — uno de sus historiadores más veraces y conscientes: «En sus despachos lucen a la par de la galanura del estilo, la claridad y la previsión. En las órdenes que comunicaba a sus tenientes no olvidaba ni los detalles más triviales, todo lo preveía.»

No sólo libertó a muchos pueblos con su espada sino que echó las raíces en que aquellos debían sostenerse, dándoles leyes, constituciones y proyectos sabios y magistrales.

Bolívar es superior a Washington. Este, auxiliado por hombres sabios, técnicos, nacionales y extranjeros, en un país cuya cultura política, social y cívica, literaria y científica estaba a la altura de las naciones más adelantadas; con medios abundantes y poderosos, originados de un industrialismo gigante en su nacimiento, no fué otra cosa que una resultante de fuerzas preparadas y distribuidas matemáticamente. No creó nada, no forjó los medios ni las armas, no luchó contra el atraso formidable de pueblos fanatizados por una colonización depredadora e inmoral; ni contra la naturaleza; todo lo encontró hecho, la fruta estaba en sazón, y sólo se dirigió el corto trabajo de la madurez. Y en cuanto a inteligencia y facultades militares, la comparación no resiste la embestida: Bolívar, de inteligencia precelente, se improvisó gran capitán en los campos de batalla: éstos fueron su escuela y su guía; sus batallas, sus triunfos, su abnegación y su heroísmo son desmesurados. Bolívar lo hizo todo: forjó el medio político y el social en que obró; domó las cosas inmateriales, al mismo tiempo que, de

hombres sin preparación, hizo soldados y generales ilustres: Sucre, Páez, Córdoba, los Briceño Mendez, Santander Su televisión se revelaba con una mirada: en Cúcuta, en septiembre de 1820, cuando Bolívar dirigía las rápidas operaciones que dieron por resultado el armisticio entre sus ejércitos y los de Morillo, llegaba a aquella ciudad, dice el historiador Lino Duarte Level, salió a recibirle Sucre. Al ver a éste, el general O' Leary preguntó a Bolívar que quién era aquel mal jinete que se acercaba. «Es, dijo el Libertador, uno de los mejores oficiales del Ejército, reúne a los conocimientos; profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom: por extraño que parezca, no se le conoce ni se sospechan sus actitudes. Estoy resuelto a sacarle a luz, persuadido de que algún día me rivalizará». ¡Y Sucre, más tarde, fué el vencedor en Páchincha y Ayacucho!

BOLIVAR Y NAPOLEÓN

¿Y entre Napoleón el Grande y Bolívar?

Napoleón, gran capitán entre los mayores del mundo, no creó nada; todo lo encontró formado; encontró para sus obras a un pueblo que ha maravillado siempre por su sublimidad; si dió gloria a su pueblo, fué porque éste lo engendró. Napoleón, sólo fué su exponente. A partir de la épica campaña itálica, Napoleón cambió de faz, asomó en él la silueta, imponente y luminosa, pero consternadora, del conquistador; y después, el férreo conquistador se engrandeció más a costa de la depredación, detodos los órdenes, de los pueblos. Fué un sempiterno destructor de naciones. ¿De qué le sirvieron sus pasmosos hechos ante los males sin cuento que causaron sus pasajeras glorias; males que se reflejan sobre Francia y sobre el mundo desde 1814 y 1870 hasta 1914?

Bolívar, gran Capitán también, entre los más nobles de la Historia, creó la libertad de cinco grandes y bellas naciones que serán más tarde orgullo de la especie humana: no había pueblo en ellas, ni cultura, ni industrias, ni recursos: todo estaba por debener, y aquel grande hombre tocó con su espada mágica. sopló con su gigantesco espíritu, y por doquiera siguieron los medios, los hombres, los pueblos; y después de una lucha fenomenal; heroica y tremenda, que asombrará a las edades futuras, realizó su portentosa obra. «Genio creador por excelencia, dice el general O' Leary, sacaba recursos de la nada».

No fué destructor, fué un creador. Bolívar hizo obra humana, que perdurará mientras perduren los siglos. ¡Bolívar es más enhiesto que Napoleón!

ANÍBAL Y BOLÍVAR

Aníbal tiene una sola faz, la faz del guerrero. Perseguía el ideal de vengar a su patria destruyendo a la nación enemiga, y después de ganar magníficas victorias—Tesino, Trebia, Trasimeno, Cannas—fracasó, debido a la carcoma de los placeres. Sus victorias fueron completamente inútiles. Bolívar... está a una altura tan superior con relación al héroe de los bueyes de astas enrojecidas, que el paralelo resulta con la misma patentización que si se comparase un otero con una montaña imponente. ¡Bolívar, indiscutiblemente es superior a Aníbal!

JULIO CÉSAR Y BOLÍVAR

El genio de Julio César—guerrero, tribuno y orador a la vez—se ilustró en mil batallas contra los bárbaros que carecían de disciplina y de organización, sólo tenían el valor inmenso de su propia incivilidad; trabajó, desde su juventud, con talento y habilidad esclarecidos por abrirse campo y coronar sus ambiciones personales; coronadas éstas hizo grandes cosas siempre en ajuje de su propio valer; dió leyes en las cuales, según la expresión de León Casio, "era imposible encontrar defecto alguno"; traicionó las instituciones de su patria, y cuando llegaron los idus de marzo, había culminado en su tiranía absoluta y espléndida. El, civilizado, hizo una guerra bárbara contra los bárbaros que defendían su suelo y su libertad. ¡Fué un sacrificador y esclavizador de naciones!

Bolívar combatió ayudado de ejércitos insignificantes por su número y por sus recursos, andrajosos y hambrientos a menudo, inferiores por su preparación y su disciplina, contra los ejércitos más famosos de Europa, contra ejércitos que hacía poco habían derrotado, en batallas memorables, a los ejércitos enormes y heroicos, de Napoleón; luchó en campos de extensión infinita; cruzó montañas cuyas cimas siempre están blancas, sin rutas ni caminos; pasó por ríos inmensos sin puentes: todo lo inventó y creó para derrotar en cien batallas soberbias y millares de combates homéricos, a las huestes titánicas de Castilla. Bolívar también fué orador y escritor esclarecido; organizador insuperable, de espíritu tan clarividente que no se encuentra en la Humana Historia otro semejante... Y toda su obra fué encaminada a fines opuestos a los que realizó Julio César; esto es, para crear pueblos, amarlos, bendecirlos y engrandecerlos. Sus virtudes no tienen igual, su abnegación es asombrosa, su espíritu de sacrificio lleva la estela que dejan las virtudes de los más grandes santos.

¡Bolívar está por encima del encumbrado general romano!

BOLIVAR Y ALEJANDRO MAGNO

Alejandro Magno triunfó en innumerables y épicas batallas—Gránico, Issus, Tiro, Arbelas, Hidaspo, son eternos granitos—; destruyó pueblos y gentes y ciudades sin tasa; al lado de sus triunfos guerreros estaban sus excesos morbosos, que le condujeron a la ejecución de crímenes abominables. Clito, su ilustre y mejor amigo, cae herido en el corazón por una puñalada que le asestó Alejandro, sólo porque aquél le hacía notar sus extravíos. Y luego caen Filotas, Parmenión y el filósofo Calisteno, asesinado éste cruel y bárbaramente. Después de sus triunfos, ensoberbecido como un Dios Infernal, incendia, degüella, asesina y rompe todo lo que constituía un obstáculo a sus caprichos: Gozar ante el sacrificio de sus víctimas, tributar un culto insuperable al Dios Baco, hacerse elevar y adorar en medio del fasto y del derroche de riquezas arrojadas a sus pies como turbiones desencadenados, he ahí sus obras sobresalientes! he ahí el término de tantas y tan cruentas luchas!

Bolívar es el anverso de aquél: humano con la humanidad de Jesús; salvador de los vencidos, reparador de los males causados por las luchas a los pueblos; fiel a la palabra empeñada en los tratados y armisticios; amigo excepcionalmente noble y justo; disciplinado dentro de la más grande libertad; perdona y olvida cuando las faltas son excusables, castiga de firme cuando encierran un germen de disolución, todo para correr en defensa de sus semejantes esclavizados con cadenas casi indestructibles. Lo que significa que llevaba en su corazón, en su mente y en sus acciones una altísima finalidad, propósitos filosóficos y políticos elevadísimos.

EL JURAMENTO DEL MONTE AVENTINO

"Conque este es—dijo en 1805 en el Monte Aventino, cresta sagrada de la antigua Roma, "de pié, como si estuviese solo, mirando a todos los puntos del horizonte y a través de los amarillos rayos del sol poniente, paseando su mirada escrutadora, fija y brillante, por sobre los puntos principales que alcanzaba a dominar"—"el pueblo de Rómulo y Numa, de los Gracos y los Horacios, de Augusto y de Nerón, de César y de Bruto, de Tiberio y de Trajano? Aquí todas las grandezas han tenido su tipo y todas las miserias su cuna. Octavio se disfraza con el manto de la piedad pública para ocultar la suspicacia de su carácter

y sus arrebatos sanguinarios; Bruto clavó el puñal en el corazón de su protector para reemplazar la tiranía de César con la suya propia; Antonio renuncia los derechos de su gloria para embarcarse en las galeras de una meretriz, sin proyectos de reforma; Sila degüella a sus compatriotas, y Tiberio, sombrío como la noche y depravado como el crimen, divide su tiempo entre la concupiscencia y la matanza.

“Por un Cincinato hubo cien Caracallas; por un Trajano cien Caligulas y por un Vespasiano cien Claudios. Este pueblo ha dado para todos: severidad para los viejos tiempos; austeridad para la República; depravación para los Emperadores; catacumbas para los cristianos; valor para conquistar el mundo entero; ambición para convertir todos los estados de la tierra en arrabales tributarios; mujeres para hacer pasar las ruedas sacrilegas de su carruaje sobre el tronco destrozado de sus padres; oradores para conmover, como Cicerón; poetas para seducir con su canto, como Virgilio; satíricos como Juvenal y Lucrecio; filósofos débiles, como Séneca, y ciudadanos enteros, como Catón. Este pueblo ha dado para todos, *menos para la causa de la humanidad*: Mesalinas corrompidas, Agripinas sin entrañas, grandes historiadores, naturalistas insignes, guerreros ilustres, procónsules rapaces, sibaritas desenfundados, aquilatadas virtudes y crímenes groseros; pero *para la emancipación del espíritu, para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perfectibilidad de la razón*, bien poco, por no decir nada. La civilización que ha soplado del Oriente, ha mostrado aquí todas sus facetas, ha hecho ver todos sus elementos; mas en cuanto a resolver el gran problema *del hombre en libertad, parece que el asunto ha sido desconocido* y que el despejo de esa misteriosa incógnita no ha de verificarse sino en el nuevo mundo.”

Después dijo, volviéndose a su ilustre y portentoso Maestro D. Simón Rodríguez, quien estaba presente y quien refiere estos pasajes, «húmedos los ojos, palpitante el pecho, enrojecido el rostro, con una mirada febril»:

«Juro delante de Usted, juro por el Dios de mis padres, juro por ellos; juro por mi honor y juro por mi Patria, que no daré descanso a mis brazos ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español».

¿Quién es más grande, el héroe macedónico o el águila americana?

El hombre que, después de descender de los Andes cubiertos con nieves eternas, selló en Boyacá la libertad de Nueva Granada; quien en Carabobo, auxiliado por el brazo de hierro del inmortal

José Antonio Páez, libertó a Venezuela; el hombre que adivinó en uno de sus más ilustres guerreros—Antonio José de Sucre—al héroe de Pichincha, batalla que hizo viable a la Gran Colombia; el personaje divino que señaló el cerebro de Sucre para que diese la victoriosa batalla de Ayacucho, heroica y titánica, que produjo la libertad del Perú, nó es merecedor, en puridad de verdad, que le llamemos Genio superior y sin paralelo?

¿Cuándo aparecerá el genial artista que lleve al lienzo inmortal las famosas hazañas guerreras de Bolívar? ¿Cuándo el Homero que fulgure la epopeya de ese genio portentoso? ¿Cuándo el historiador de cerebro multiforme y de sapiencia preclara que escriba los hechos del Genio?

“Con los siglos crecerá vuestra grandeza como crece la sombra cuando el sol declina”—dijo a Bolívar el Cura de Pucará, después de Ayacucho, en magnífico apóstrofe.

Bolívar, más alto que el Soratá andino, no debe ser llamado caudillo, así como se califica a los cualquiera que haciendo cencerrada bullanguera, pasan por la escena humana como sombras, sin dejar huellas perdurables en la Leyenda y en la Historia.

ED. ALVAREZ.

Diciembre 1918.

LEXICO

Según el Diccionario Latino-Español (Etimológico) de F. Zalazar y Quintana, caudillo significa Dux, Ductor, Imperator. Dux es guía, cabo, capitán, general... Ductor, conductor, cabo, capitán de ejército, de navío. Imperator, de imperio, es emperador, príncipe, cabeza de imperio... etc. El significado de caudillo en los Diccionarios de Zerolo, Gómez e Isaza, y en el de Salvat está casi fundado en la significación latina.

OBRAS CONSULTADAS:

“Historia de Estados Unidos,” por G. P. Quackenbos
 “Bolívar y la emancipación Suramericana,” por Daniel F. O’Leary.
 “Memoria sobre la Independencia Americana,” por F. Burdett O’Connor.
 “El Maestro del Libertador,” por F. Lozano y Lozano.
 “Cuadros de la Historia Militar y Civil de Venezuela,” por Lino Duarte Level. etc., etc.

EN LOS FUNERALES DEL DR. JOSE P. TRIGUEROS

Discurso pronunciado por el Dr. Manuel Castro Ramirez

EN esta hora de intenso duelo, el Poder Ejecutivo y la Universidad Nacional, reclaman un recogimiento espiritual profundo. Que cesen por un momento siquiera, las diferencias accidentales que, desgraciadamente, han distanciado a los salvadoreños, y que unidos todos en un solo palpar, se penetren del dolor acerbo del alma de la Patria, que vé eclipsarse, cargado de años de fecunda existencia, al más egregio de sus juriscónsultos; al decano de sus abogados, por el doble título de la antigüedad y de su sapiencia; al último sobreviviente de aquellos doce escogidos—que a semejanza de los apóstoles de la leyenda cristiana—vinieron con su bagaje de entusiasmo y con fe en el porvenir, a inaugurar el apostolado de la ciencia.

Raro privilegio el del doctor José Presentación Trigueros, viniendo a la vida en la alborada de nuestra Independencia; y en época en que El Salvador defendía heroicamente su preciado tesoro de autonomía en el memorable sitio de Mejicanos.

Su cuna se meció entre aires de libertad y al son de clarinadas de gloria; y su existencia entera estuvo destinada a irradiar luz de ciencia y de virtud.

Discípulo de Isidro Menéndez el prócer ilustre que alumbró con fuerza igual en los campos del Derecho y la Libertad—bebió en esa fuente purísima, ilustración y patriotismo; y con el correr de los tiempos, el alma del prócer le acompañó en las nobles jornadas del patriotismo, dándole aliento y decisión para defender el solar centroamericano contra el filibustero audaz, y ungió la cabeza del discípulo predilecto, cuando éste ostentó en sus manos, con lucimiento espléndido y probidad no superada, el cetro de la justicia.

Veinte años consecutivos desempeño la Presidencia del alto Tribunal; y ahí, en esa altura moral, su cerebro privilegiado de jurista insigne, satisfizo con alta nobleza las imperiosas exigencias de aquella virtud magnífica que posee la clave de dar tranquilidad y paz a la sociedad, mediante la obediencia al vínculo jurídico.

Docto en la acepción excelsa de la palabra, de sus labios brotaron enseñanzas elevadas, vertidas sin afectación, carentes, quizá, de ese brillo deslumbrador que a veces cubre la ignorancia; pero que sí poseen la calma serena y la lógica inflexible que siempre se herma-

nan al razonamiento profundo; y la posteridad ha recogido sus fallos de Juez, sus decisiones de juriscónsul y sus opiniones de letrado, con respeto general y espontáneo, sólo comparable al tributado a aquellos sabios juriscónsultos romanos que recibieron de Augusto la consagración oficial de sus respuestas y opiniones. Y de vivir bajo el imperio de la *Ley de las Citas*, creada por el genio de Teodosio, su nombre habría sido escogido para presidir el areópago de los *prudentes* y su voto llamado a zanjar discordias.

Espiritu superior el suyo, peregrinó serenamente por la vida, realizando una misión de justicia y de bondad, que le colocan en el pináculo de la grandeza moral. Su mismo carácter austero; su rostro severo de lineamientos fijos, imperturbable a las impresiones externas; su frente olímpica, que ni en la vejez adquirió arrugas, hacían en su majestuosa figura el tipo perfecto del Magistrado, que ni los embates políticos ni el batallar constante de las pasiones, doblegaron su voluntad rectamente inspirada, a la cual ha podido definirse con la frase gráfica de Maura: ejemplar cohesión de monolito.

Maestro ilustre de varias generaciones a su cátedra de Derecho Civil había que asistir con el oído atento y el ánimo dispuesto, porque su palabra suave, atrayente y persuasiva tenía derroches de sabiduría exquisita, cuando fija su vista en el articulado del Código, desentrañaba de las viejas fuentes de investigación jurídica la interpretación severa y apodictica, con la nitidez y espontaneidad con que brota el agua de una fuente. Y en verdad, qué acervo tan inmenso de doctrina acumuló a nuestro organismo jurídico, sujeto de continuo al influjo de su numen y de su erudición.

Fui su discípulo; durante breve tiempo gocé del privilegio de oír sus lecciones; y aún me parece ver aquella figura veneranda impresionar mi imaginación de estudiante con su porte severo de patricio y su meliflua voz de oráculo invencible.

Nuestra Universidad le consagró en vida. El asistió a su propia apoteosis, en ocasión de la apertura del curso universitario de 1913. Entonces en forma pública y solemne, le impuso honrosísima condecoración, el patriota Presidente Araujo, por sus dilatados y fecundos servicios prestados a la Patria; y aquel homenaje oficial que nadie antes que él al-

canzara, inscribió el nombre del doctor Trigueros en el frontispicio de la Universidad Nacional, como el mentor de la juventud que anhela gloria y luz.

Señores:

El Poder Ejecutivo y el Instituto Universitario al tributar al espíritu clarividente del doctor José Presentación Tri-

gueros, el homenaje más alto de reconocimiento por su intensa labor de sabio jurisconsulto y eminente ciudadano, declaran, por mi medio, a la faz de la nación entera, que su muerte significa la pérdida de la columna más firme que sostuvo nuestro Foro Nacional. ¡El sitio de Papineano está vacante!

Discurso pronunciado por el Dr. Manuel I. Morales

LOS buenos, los mejores, se van. Ayer, Baraona. El adalid de los principios y de las instituciones; después, Barberena, el sabio; luego Cañas, el dulce poeta, de corazón de niño; hoy, José Trigueros, el jurisconsulto profundo.

Ningún viento tan apropiado como este, para rendir homenaje al ilustre finado: en él presidió durante un cuarto de siglo, la más grande, la más noble de nuestras instituciones, la administración de justicia: en él se expandió aquel espíritu de tan elevado criterio, aquel carácter de rectitud tan inquebantable. José Trigueros fue la síntesis convertida en hombre: formulaba su opinión en una frase, en una palabra; y esa fórmula breve, llena, concisa, nunca expresó un concepto ambiguo: la idea salía de sus labios con precisión y exactitud matemáticas, e iba recta, como jara, al blanco al cual era dirigida, y en él quedaba fija; descendía como masa pulverizando las falsas doctrinas; cuchilla acerada, hendía las mallas del sofisma; era luz y disipaba los errores; era verdad y justicia, rectitud y equidad, y permanecía como aforismo incontrovertible.

Carácter, cuyo molde se va perdiendo ya, jamás se le oyó una frase altisonante; mas en su actitud silenciosa, en sus hechos, hubo siempre protesta contra la opresión, defensa muda pero elocuente del derecho.

Al hundirse nuestras instituciones por la voluntad poderosa de Gerardo Barrios, fué del grupo que no se doblegó ante la omnipotencia del dictador, y marchó en silencio, como Aristides, al destierro. La vieja magistratura de El Salvador quedó quebrantada: Damián Villacorta se retrajo en el recinto de su hogar, y la tristeza lo mató; Anselmo Paiz se retiró al campo y, nuevo Régulo, empuñó el arado; José Trigueros y otros abandonaron el suelo patrio; la Libertad se cubrió el rostro y ha permanecido velada hasta el presente, ¿Coincidirá, señores, el caso del venerable Magistrado con los albores primeros de un nuevo día de justicia y por tanto de libertad? Hagamos votos para que así sea; y que, al despojarse la República de los crespones de luto, aparezca como novia engalanada, llevando la justicia por norte, el derecho por guía, la libertad por antorcha, la ley por nor-

ma, el progreso por fin,—y que al amparo de esos nùmenes benditos podamos labrar el bienestar del Pueblo Salvadoreño.

Parecerán extraños esos votos en esta fúnebre ceremonia y no lo son. Años de tristeza y de amargura debieron ser los últimos del ilustre anciano, que se sobrevivió: a sí mismo debió comparar la vida pública de sus tiempos de joven y de hombre, con los de su vejez, y debió sentir toda la nostalgia de los tiempos que fueron, y llorar en silencio la impotencia de renovarlos. Veía cómo se esfumaban en el pasado las sombras de aquellos Próceres venerados, que tan prestigiosos se levantaron a mediados de la última centuria, sin que figuras semejantes viniesen a llenar su hueco; veía la majestad de las instituciones burlada y hollada: el poder supremo convertido en almoneda de pretorianos, y no el depósito sagrado que se transmitieron, desde Guzmán el Bueno, hasta Santín el honrado; sentía cómo los años iban tegiendo velos de sombra ante sus ojos, y la desesperanza iba creciendo en su alma, sin un rayo de luz para los tiempos que vendrían.

Quien tiene la honra de ser escuchado por vosotros, era un niño cuando oyo resonar el nombre de José Trigueros, como Auditor del Ejército expedicionario contra los filibusteros en 1855; era un joven, cuando José Trigueros en edad madura ya presidía la Corte Suprema; y es un anciano, hoy que la Nación, la Corte y la Universidad vienen reverentes a inclinarse ante su féretro; si este anciano que os habla, luchando alguna vez, protestando otras, retraído en ocasiones, ha sentido su ánimo vencido por la tristeza y el pesar, ¿qué nó habrá sentido ese hombre venerable que nutrió su espíritu en aquellas gloriosas tradiciones, que vivió en plena vida de libertad de derecho y de justicia; que sintió espaciarse su alma en aquel ambiente puro, aunque alguna vez tempestuoso; que escuchó el crugido de nuestro sistema público, al hundirse y caer hecho pedazos, para no verlo levantarse más? ¡Qué montañas de tristeza pesarían sobre su alma; qué océanos de amargura tendría que tragar, él todo concentración, todo meditación! Por eso aquellos votos no son extraños, no, en este funeral.

Si el noble espíritu de José Trigueros, puede vernos y escuchar nuestros votos, de seguro que batirá sus alas lleno de gozo, en este recinto en donde ejerció su alto ministerio; en donde marcó a la Cor-

te Suprema derrotados de equidad y de justicia, brilló con luz propia sobre tres generaciones y en donde la Corte Suprema le tributa por mi medio el homenaje de su respeto y veneración.

HAY QUE VIVIR DEL IDEAL

(Para «ACTUALIDADES»)

HAY cosas en la vida que siente el corazón humano, que es insuficiente la palabra para expresarlas. Tal vez las dice más hondas y más expresivas una mirada o un gesto.

El alma tiene sus revoluciones y sus misterios, que solo pueden ser comprendidos por aquel que ha vivido una vida de perpetuo sufrir; por aquel que ha sabido aparentar las amarguras de un desengaño con la sabrosa carcajada del bohemio. Hay cosas que las calla el corazón, pero que las dicen los ojos.

En las horas calladas de meditación, cuando se está solo, completamente solo, y que al parecer no se piensa en nada, se agitan tantas cosas en la mente y se ven tantas fantasías, que uno se cree loco y cobra miedo al futuro. ¡Cuántas inverosimilitudes pasan por nuestra imaginación en esos momentos de calma y de reposo!

¿Habéis estado alguna vez solo, bajo el frescor de una arboleda, a la hora de la agonía del sol, contemplando el azul infinito, recibiendo la suave brisa de la primavera y oyendo el aleteo de los pájaros? ¿No es cierto que en esa hora de la soledad, se piensa en mucho y no se piensa en nada? Imaginariamente vemos cruzar mujeres encantadas que van mostrando la comba divina de sus senos; cerramos los ojos y sentimos la palpitación de un beso; nos cubrimos los oídos y percibimos el ruido del mar, inmensamente rumoroso; y nos dá tristeza incorporarnos al bullicio prosaico de la gente, en donde palpamos la horrible realidad, que es la muerte de toda ilusión.

En aquella dulce quietud en que dormita el espíritu, en un apagamiento de luces y en un desprendimiento de estrellas, vaga el pensamiento en un abismo de quimeras, de ideales y de ensueños.

Es el romanticismo el que disimula los ajeteos de la vida; es el beso de una mujer, la ingenuidad de una carta de amor, la presentación de una comedia, la proyección de una película de cine, la lectura de una novela y todo lo fantasmagórico, lo que expande el espíritu. Y si nos ahondamos en la reali-

dad de todo lo que va pasando por el mundo, sentimos hastio y horror.

Oh, terrible verdad! Yo te detesto!

La vida sin la mentira, sin el ensueño y sin el ideal, sería una vida muda, sombría y monótona.

Hay que vivir del ideal para poder sentir con emotividad, el goce magnífico en que se baña el corazón.

Ah, el amor! Divina mentira que oculta, con su piedad amantísima, las úlceras del morbo doloroso.

Para llevar la vida entre sonrisas y alientos de esperanza, debemos conservar el optimismo, como los orientales saben conservar sus tesoros.

Seámos optimistas y vivamos de la ilusión. Alimentémonos del ensueño y del ideal, para echar—corazón afuera— toda la hiel que nos hace apurar la humanidad.

MANUEL R. AGUILAR.



TRABAJO

El trabajo es la vida misma; la vida es un continuo trabajo de las fuerzas químicas y mecánicas.

Desde el primer átomo que se puso en movimiento para unirse a los átomos cercanos, la gran labor creadora no ha cesado, y esta creación que continúa, que continuará siempre, es como la tarea misma de la eternidad, la obra universal a que venimos todos a traer nuestra piedra.

¿El Universo, no es un inmenso taller en que jamás se huelga, en que los infinitamente pequeños hacen cada día una gigantesca labor, en que la materia obra, fabrica, engendra, sin descanso, desde los simples fermentos hasta las criaturas más perfectas?

Los campos que se cubren de mieses, trabajan; los bosques en su pausado crecimiento, trabajan; los mares, haciendo rodar sus olas de uno a otro continente, trabajan. Sólo los muertos no trabajan.

ACTUALIDADES



DON JOSÉ E. SUAY,
quien con fecha 19 del actual ha sido nombrado Subsecretario de
Hacienda, Crédito Público y Beneficencia, Encargado del Despacho.

SEMBLANZA BIOGRAFICA DE DON JOSE ESPERANZA SUAY

Para «ACTUALIDADES»

ECA

I

SILUETA prestigiosa de perfiles rectilíneos bien definidos; personalidad conspicua de altos relieves, plena de merecimientos, adquiridos con firmeza, es la de don José Esperanza Suay, de quien ahora nos ocupamos en estas líneas que bien merecidas se las tiene, y mucho más que, respecto a su personalidad altamente sugestiva pudiéramos decir, al calor de la sinceridad y buena fe que nos guía, examinando su vida ciudadana bajo el aspecto de funcionario público, en cuya actuación no hay más que claridades de sol, energías de acero bien pulido y limpideces que no podrá opacar la pátina del tiempo.

Veintiún años de labor intensa no interrumpida — particular y oficial — pregonan valía y reclaman ocuparse de ellos, no para herir susceptibilidades, sino para estímulo del correcto ciudadano y distinguido funcionario que es prenda de seguridad y confianza en todas las facetas que se intente examínarsele. Bien podemos decir que es un representante de no escasa talla, y uno de los pocos que todo lo sacrifican al deber y al estricto cumplimiento de las labores oficiales a él encomendadas, a las que dedica preferente atención, ya dictando una atinada y urgente reforma, ora modernizando otras que, por anticuadas, son rémora para el desenvolvimiento y buena marcha de los negocios administrativos; es decir, es un innovador: moderniza el servicio, amplía la organización y, como lógica consecuencia, se impone el orden.

A su paso por las oficinas cuya dirección le ha sido confiada, se nota la severidad más estricta en el servicio, la armonía en el trabajo, así como la expedición más rápida en los asuntos que reclaman su cooperación; para él nada de rutinarismos retardatorios en la marcha del despacho; el trabajo, si posible es, debe

liquidarse al día, para evitar rezagos y aglomeraciones caóticas en seguida.

Actualmente el señor Suay, se halla al frente del Supremo Tribunal de Cuentas como su Presidente, para cuyo cargo fue electo con fecha 26 de junio de 1916 y reelecto por Decreto Legislativo en abril de 1917. Bajo su acertada dirección la Oficina que es a su cargo y que es alma y eje de la organización económica del país, marcha sin la menor interrupción, controlando el movimiento fiscal de la República, bajo saludables imparcialidades que son la pauta de toda buena organización.

Las árduas funciones económicas y financieras que le han sido encomendadas a su práctica, habilidad y superiores conocimientos en los ramos relacionados, han sido resueltas con facilidad, después de haberse consagrado de lleno



DON JORGE MELENDEZ

Leader del Partido Nacional Democrático

a su estudio y a la solución de problemas de alta trascendencia y significación.

II

Don José, como cariñosamente se le nombra, está en la plenitud de todo su vigor intelectual; cuenta cuarenticuatro años, pues hijo de don Cipriano Suay y de doña Teresa Villacorta, nació en la ciudad de San Miguel—cuna de muchas distinguidas personalidades que han figurado en diferentes ramos del saber humano—el 18 de diciembre de 1874.

De su padre heredó el amor al estudio, la cultura refinada, un criterio sin opacidades y una ecuanimidad de ánimo no común; de su madre, la inteligencia, la sinceridad y la constancia en toda labor emprendida mediante una madura reflexión.

Sus primeros estudios, en los que desde niño supo distinguirse y a los que con muy raro entusiasmo supo dedicarse, los hizo allá, en las escuelas y colegios de la ciudad natal, centros en los que pudo triunfar siempre, conquistando los mejores puestos, logrando obtener las recompensas más altas.

Su grado de Ciencias y Letras lo hizo en esta Capital el 17 de febrero de 1892.

Bachillerado que fué, su aspiración legítima se inclinó al Foro, pero para dedicarse al estudio de esta carrera, deseó un lugar más amplio y un ambiente impregnado de más ciencia, en donde poder sorberla ilimitadamente. Y al efecto, a principios de 1894 partió hacia Francia, rebosando juventud y llevando en su mente un cúmulo de ensueños y frescas ilusiones.

En la Universidad de París, y bajo la sabia dirección de profesores honra del Foro francés, estudió Derecho, cursando a su vez Economía Política para lo que asistía al mismo tiempo a la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de aquella urbe universal.

Después de dos años de estudios con notable aprovechamiento, posesionado de la lengua de Boileau y Hugo, y con un cerebro saturado de ciencia, regresó al solar nativo en 1897, pero sin olvidar a Francia, la heroica y abnegada Francia, en cuyas ubres la Humanidad toda ha abrevado Libertad, Ciencia y Arte....!

En la ciudad de San Miguel, prestó importantes servicios en diversos puestos públicos, a satisfacción de propios y extraños, como por espacio de tres años; pero renunció los cargos con que había sido favorecido, para verificar su regreso a Francia, en 1900. Puesto nuevamente allá comenzó a figurar como empleado de varios grandes centros industriales y manufactureros, ora como Cajero, ya como Tenedor de Libros, empleos que supo desempeñar a entera satis-

facción de sus jefes quienes supieron apreciar en su justo valor la no común inteligencia del joven Suay, su actividad, energía y honradez, por lo que al pedir su retiro le fueron extendidas recomendaciones que allá le abrieron ancho campo para dedicarse a negocios propios a los que se dió con ahinco, sabiéndoles explotar con ventaja y provecho; demostrando con ésto una vez más lo que puede la voluntad humana en cooperación con el trabajo y honradez individual. Estas cualidades le hicieron extender sus relaciones comerciales y hacerse notar como un perfecto y cumplido caballero; y al efecto, en 1906, se le confirió el nombramiento de segundo canciller del consulado de El Salvador en Francia, pasando al siguiente año a ocupar el consulado de este país en Liverpool (Inglaterra.)

Estos cargos fueron, para nuestro biografiado, de positivo provecho, en cuanto a que vinieron a aumentar el caudal de conocimientos en el ramo de la diplomacia, poniendo además de relieve su poderoso criterio, su actividad bien probada y su incansable energía.

Es el señor Suay, en fin, una persona laboriosa a quien siempre se le ve ocupado y consagrado al estudio y resolución de cálculos relacionados con problemas de trascendencia económica, a los que siempre se ha dedicado por ser de su entera predilección.

III

Después de cerca de nueve años de ausencia, regresó al país el señor Suay, precedido de ejecutorias de honradez y competencia, las que bien le valieron que el Gobierno, estimando las dotes y demás cualidades de que era poseedor, le nombrara Tenedor de Libros de la Tesorería General, en mayo de 1909, no obstante que para dicha vacante hubieron candidatos y recomendaciones que no se tomaron en cuenta, a pesar de ser valiosas.

Por ministerio de ley, en varias ocasiones desempeñó la Intervención de la misma oficina, donde, como siempre, dió muestras de su bien equilibrado intelecto, su espíritu fuerte, su suave carácter y continua observación para corregir los defectos del servicio, y su asombrosa actividad, cualidades fueron éstas para que en mayo de 1911, con el beneplácito general, se le nombrase Tesorero General de la República.

Y no podemos negarlo: es desde entonces que se dió nueva organización a esta oficina, pues debido solamente a su práctica y firme voluntad fue dable transformarla por completo; es decir, meto-dizar el servicio y despacho en la Tesorería General, depurándolo, innovando y

reglamentándolo, para darle la categoría que en verdad le corresponde.

Con fecha 22 de mayo de 1911, el Supremo Gobierno tuvo a bien nombrarlo Tesorero de la Institución La Cruz Roja, cargo para cuyo desempeño puso el señor Suay su contingente de sabiduría.

IV

En el año de 1914, y con fecha 30 de marzo, el Supremo Poder Ejecutivo, en atención a la labor realizada por nuestro biografiado, reveladora de aptitudes superiores, le nombró Subsecretario de Hacienda y Crédito Público, en cuyos ramos pudo, con más amplitud, introducir positivas reformas que han contribuido hasta la fecha a la expedición y servicio de aquellos mismos. Dignas de elogio son muchas disposiciones hacendarias en vigencia actualmente y emitidas en el tiempo que la expresada Subsecretaría estuvo a cargo de don José, las que son suficientemente conocidas; pero ésto no obsta para que nos refiramos a algunas de notable y capital importancia. Así, pues, entre muchas, tenemos la que trata de la unificación del aforo y reducción a oro de los derechos de aduana; la que trata de la fundación de la Cámara de Comercio (en 1916), y la promulgada con fecha 22 de abril, creando el Registro de Empleados de Hacienda, con el fin de estimular al empleo; mediante esta disposición, se hace del empleo una carrera y del empleado un ser digno de toda consideración. La citada disposición ha venido desde entonces garantizando la labor del empleado y abriéndole otros horizontes. Ahora, con perfecto derecho, el empleado puede llegar a ocupar, por riguroso ascenso, el puesto superior, pudiendo de esta manera conquistar el triunfo completo en la carrera que se ha tratado de formar.

También, a iniciativa del señor Suay, desde en 1911, que en sus escritos de ello se ocupaba, sugirió la idea del establecimiento del Impuesto sobre la Renta, que ha beneficiado grandemente los ingresos del Tesoro.

Con fecha 2 de septiembre de 1914, el Gobierno interino del doctor Quiñónez Molina le ratificó el nombramiento de Subsecretario en las carteras ya relacionadas, habiendo colaborado dignamente, y, como siempre, dictando disposiciones que se palpan a la fecha.

Desempeñó estos cargos hasta el 28 de febrero de 1915; pero al siguiente día 10. de marzo, al inaugurarse el Gobierno del señor Meléndez, se tomaron en cuenta sus importantes servicios, por lo que nuevamente fue nombrado para el desempeño de las carteras que habían estado a su cargo.

Habiendo sido invitado nuestro Gobierno por el de Estados Unidos de América al Congreso Financiero que debía celebrarse en Washington, en unión del señor doctor Quiñónez Molina, fue nombrado el señor Suay para integrar la Delegación Salvadoreña, llevando como Secretario a don Roberto Aguilar T.

En aquella Asamblea de notables financieros y economistas consumados, pudo el señor Suay proponer, discutir y hacerse comprender como un experto y hábil economista de bien delineada talla. A su regreso al país, la Comisión rindió un brillante informe de su actuación en aquel Congreso.

Poco tiempo después se hizo cargo de la Subsecretaría a él encomendada, para emitir a su iniciativa el Decreto de octubre 19, creando la Cooperativa de Empleados de Hacienda que tan positivas y seguras ventajas está prestando, no solamente a los empleados de su dependencia sino a particulares. El es el Director, podemos decir, permanente, y los intereses de la Cooperativa ocupan su atención especial, de tal manera, que casi le preocupan, hasta conseguir dar cima a su pensamiento. Por eso buena parte de su tiempo disponible lo consagra a aquella institución, que en no lejano día será una Cooperativa que prestará servicios de importancia al igual de otras similares.

V

Podríamos decir mucho más de nuestro biografiado; pero basta. Plumas mejor aquilatadas e inteligencias más robustas se encargarán de perfilar con maestría la figura altamente sugestiva del correcto funcionario y perfecto caballero que ha dado margen a esta semblanza biográfica.

JOSE MANUEL AGUIRRE.

San Salvador, 1918.



UN BUSTO DE CLEMENCEAU

EXISTE un busto de Clemenceau hecho hace algunos años por Rodin, que no suele ser mencionado entre sus obras. El modelo evocó primero en el espíritu del gran escultor una especie de cabeza de dogo, de cráneo redondo y fuertes mandíbulas, y de acuerdo con esta concepción modeló el artista un boceto que desagradó mucho a Clemenceau. Rodin advirtió entonces que su modelo presentaba los caracteres étnicos de la raza mongola y produjo una cabeza de rudos rasgos asiáticos. El nuevo modelo disgustó mucho más que el otro a Clemenceau. Rodin reanudó el trabajo, amalgamó sus proyectos sucesivos y por último concluyó el busto que ha sido expuesto últimamente en el Petit Palais. Clemenceau detesta realmente su busto hecho por Rodin, y con poco agrado permitió que fuera expuesto.

LA PRENSA FRANCESA

por LUIS ARAQUISTAIN

DE todas las manifestaciones de la vida pública de Francia, la más dominante es su prensa. Ante ella, el mismo Parlamento aparece como eclipsado, reducido a segundo término. En realidad, la prensa francesa—esto es, la prensa de París—es, si vale el contrasentido, un parlamento impreso, con sus izquierdas, sus derechas y su centro. El Parlamento oficial, el oral, equivale a un eco del fecundo tumulto de los periódicos; los discursos son reflejo de los artículos; los debates son repeticiones orales de polémicas periodísticas; cuando el Gobierno o las Cámaras toman una resolución, es que la opinión pública está preparada para ello por la prensa. Puede decirse que quien gobierna y legisla en Francia es la prensa. No se concibe un político francés que quiera influir sobre los destinos de su país sin una columna diaria en algún periódico. Y en cambio, se pueden dar grandes agitadores de la conciencia nacional sin ir al Parlamento; les basta una hoja impresa.

En ese parlamento impreso que es la prensa de Francia, hay, como en todas partes, periódicos que no están regidos por ninguna idea, por ninguna doctrina. Son periódicos de empresa económica, sin más finalidad que el máximo dividendo. Las ganancias las da el anuncio, y el anuncio va tras el mayor número de lectores, y el mayor número de lectores busca el periódico de mejor información y de menos pensamiento. De ahí el hecho paradójico de que los periódicos de mayor circulación—los que tiran millones de ejemplares—sean, políticamente, los menos fuertes. Es decir, poseen una enorme fuerza numérica que no pueden usar, porque en cuanto

uno de estos periódicos tuviese un criterio rotundo, inequívoco en cada cuestión política, ahuyentaría a los lectores de criterio contrario y disminuirían sus anuncios y, por lo tanto, sus dividendos. Estos periódicos informativos, impersonales e impensantes, los compra casi todo el mundo; son, con sus noticias numerosas y generalmente veraces, algo así como la nutrición fisiológica, estomacal de la muchedumbre; la nutrición ideal la busca cada lector, además, en el periódico de pensamiento y de polémica. Este tipo de periódico industrial, equivalente al diputado que en un Parlamento representa los grandes negocios, no debe desdeñarse; suministra al espi-



DOCTOR LUIS V. VELASCO,

Miembro prominente del Partido Nacional Democrático.

ritu los artículos de primera necesidad, la información, el dato; pero siendo de naturaleza universal, no siendo característico de la prensa de Francia, no me interesa sino muy subalternamente en este momento.

Lo más singular de la prensa francesa son las dos alas extremas, *L'Action Française* a la derecha y los periódicos socialistas a la izquierda, extremos que se están tocando constantemente, aunque sea para andar a golpes. El carácter distintivo del periodismo francés es su espíritu polémico. Un periodista francés se avergonzaria de estampar esa frase imbécil que con tanta frecuencia se ve en la menguada prensa española: «Nosotros, que no queremos polémicas, porque no conducen a nada»... Ese miedo a polemizar—miedo justificado que se funda en la ignorancia, en la cuquería o en la estupidez—no existe en la prensa

francesa. Antes bien, los periódicos políticos no tienen otro fin que agitar, inquietar, discutirlo todo, removerlo todo, con ingenio siempre, generalmente con cortesía, alguna vez con virulencia. Lo extraordinario es que pueda existir una prensa diaria de carácter tan polémico. En la misma Inglaterra no es posible; la prensa de pensamiento y agitación espiritual está formada por revistas semanales, creadas y sostenidas por escritores eliminados de la prensa diaria por su independencia, los Chesterton, los Belloc, los Bernard Shaw, los Webb. Parece difícil que en Londres un Maurras o un Hervé pudieran mantener a diario periódicos tan vivos y punzantes como *L'Action Française* y *La Victoire*.

Naturalmente, el carácter polémico de la prensa francesa proviene de que la mayor parte de estos periódicos políticos son puramente personales. El periódico de partido está llamado a desaparecer. La misma *Humanité*, que tuvo tanta boga en tiempo de Jaurés, el cual había hecho de él casi un periódico personal, lleva hoy una vida lánguida. Un partido no puede dirigir un periódico; en manos de uno de esos entrometidos e impertinentes comités de partido, un periódico acaba por ser una criatura anodina y raquítica. Después de todo, un periódico es una obra de creación que no puede conducirse, cuando no tiene un fin industrial, como una fábrica. De ahí que a espaldas de *L'Humanité* hayan brotado otros periódicos socialistas, pero personales, como *L'Heure*, de Sembat y Cachin, y *Le Populaire*, de Longuet, que expresan, con *La France Libre* y *L'Information*,—inspirada por Albert Thomas—los diversos matices y disensiones tácticas del socialismo francés.

Otro rasgo de la prensa francesa es la colaboración, a veces diaria y hasta directiva, de los grandes escritores. El escritor francés no finge, como el español, desdeñar el periodismo, justamente porque su talento y su cultura le permiten ejercerlo. Tampoco teme echarse al fofo perio-



DON ROBERTO AGUILAR T.
Nombrado recientemente Tesorero General
de la República.

dístico a ser discutido y tal vez denostado. En Francia rara vez se da este curioso ejemplar del escritor español que, por haber publicado un libro de divagaciones más o menos profundas o porque los amigos le han hecho en voz vaja, de oído en oído, una reputación de superhombre celtibero, se cree indiscutible y toma a insolente falta de respeto cualquier discrepancia, cualquier desacuerdo con sus preciosas ideas oraculares. Y es que allí a una mayor fuerza personal corresponde una menor arrogancia.

España pasa en estos instantes por una gran crisis de su prensa. Los periódicos viejos envejecen galopantemente. Otros nuevos surgen o se anuncian. Algunos son de carácter industrial, utilísimos aquí donde la información era casi prehistórica. Pero faltan los periódicos políticos, escritos por hombres de cabezas claras y rectoras, no por confusos fraseólogos sin consistencia mental ni espíritu de continuidad. Faltan los periódicos que en vez de ir pesadamente a



DON JOSE DUTRIZ



DON ANTONIO DUTRIZ

Directores propietarios del importante diario «La Prensa» que ha sostenido honrosa campaña en pro del Partido Nacional Democrático.

remolque de los partidos, de los gobiernos o del interés económico, no tengan más guía que la verdad y el bien público, bien vertebrados ideológicamente y pulcramente escritos, templados de voz y enérgicos de espíritu. La prensa francesa puede ser un modelo excelente.

LUIS ARAQUISTÁIN.

NO LLOREMOS A LOS MUERTOS

¿QUIÉN tiene razón, los que creen que los muertos desaparecen para siempre, o los que creen que sus muertos no han cesado de vivir y los ven, los oyen, los sienten?

Cualquiera que sea nuestra religión, siempre hay un lugar donde no pueden morir nuestros muertos; y este lugar está dentro de nosotros.

Debemos vivir con ellos, sin tristeza y sin terror.

Hay quienes llaman a sus muertos mientras nosotros arrojamos y ahuyentamos a los nuestros; les tenemos miedo y ellos lo comprenden y se van y nos dejan para siempre.

Mueren, no en el instante en que se hunden en el sepulcro, sino lentamente, al hundirse en el olvido.

Este es quien los mata definitivamente. No hay sepulcro, por más profundo que sea cuya losa no pueda ser levantada y cuya ceniza no pueda ser removida por un pensamiento.

No habría diferencia entre los vivos y los muertos si supiésemos recordar.

Lo mejor que tenían aquellos que desaparecieron, vive con nosotros después que el destino los llevó de nuestro lado. Todo su pasado nos pertenece y es más grande que el presente, más cierto que el futuro.

La presencia material no es todo en este mundo, y podemos dispensarnos de ella sin desesperar.

En lugar de creer que han desaparecido nuestros muertos para no volver nunca, pensemos que se hallan en un país que no está tan lejos y al que todos iremos un día.

El recuerdo de los muertos es mas fuerte que el de los vivos; es como si estuvieran tratando por su parte, en un esfuerzo misterioso, de unir sus manos con las nuestras.

Llamad a los que se fueron, antes de que sea muy tarde, antes de que estén muy lejos. Vendrán y se acercarán a vuestro corazón; os pertenecerán como antes, pero ahora serán más bellos, más puros.

MAURICIO MAETERLINCK.

PIEDRA ARDIDA

CUENTO RUMANO

por CARMEN SILVA

LA bella Pauna era altiva, muy altiva. No en vano tenía ojos oscuros, cejas retintas y nariz de águila. Su boca era grano de oro airosamente dibujada, y cuando hablaba o reía se veía en ella dos filas de dientes deslumbrantes. Sus trenzas negras la ceñían la frente a modo de corona, y muchos la llamaban en tono de chanza *Peri de Imparás* (hija de emperador), por su alta estatura, por su gallardo y majestuoso andar, y por la elegante cabeza siempre erguida, como si llevara encima de ella alguna cosa.

Sin embargo, no era tan altiva como para no volver la cara cuando pasaba Tannas; ni como para no prestarle oídos cuando él la hablaba mientras danzaba el *hora*. Pero, ¡guay si alguien se atrevía a darle bromas por ello! Inflamábanse sus mejillas, y una hiriente respuesta castigaba al impertinente.

Tannas era muy envidiado por los otros mancebos, y lo fué mucho más cuando se supo como cosa cierta que estaba comprometido con la altiva joven.

Mas sucedió por entonces que invadiese el país el enemigo, y Tannas tuvo que marchar hacia el Danubio con el ejército. Pauna tragó sus lágrimas delante de los extraños, pero ninguno de ellos se atrevió a preguntarle si no las derramaba en secreto.

Supo procurarse el modo de ser una de las primeras que recibiera en la aldea noticias del ejército, y cuando le llegaron las de las primeras batallas, le fué preciso recostarse junto a la cruz de piedra que hay a la entrada de la aldea ¡tan desfallecida se sintió, ella, la altiva, la fuerte Pauna!

Desde entonces no le fué posible pegar los ojos por las noches, y muy a menudo tenía que dejar encendida la lámpara, para no ver el espantoso fantasma de Tannas cubierto de heridas, moribundo o muerto.

En una obscurísima noche, la joven, vestida aún, hallábase sentada en el borde de su lecho, ignorando que afuera rondaba su casa, sigilosamente, un hombre. E ignoraba también cuán linda estaba, con las manos entrelazadas sobre sus rodillas y sus ojazos negros, abiertos y vagamente fijos en el vacío.

De pronto se oyó un golpe en la ventana: la moza saltó del lecho reprimiendo un grito, y se asomó a la ventana,

tratando de penetrar la obscuridad con su mirada.

Pareciple ver a Tannas, y en el mismo instante oyó una voz que la llamaba quedamente y con cariño:

—Pauna, querida Pauna, sal, ven, no temas, soy yo, Tannas.

Pauna tenía ya la mano en el pestillo de la puerta, y apenas salió afuera sintió un brazo que la rodeó con ternura.

Pero ella alejó el brazo que la estrechaba, y dijo:

—¿Eres tú, de veras? ¿Nadie pretende burlarse de mí?

—Aquí tienes, Pauna, tu anillito, y aquí colgada a mi cuello la medalla. No he podido resistir más al deseo de verte, y he venido a cerciorarme de si eras constante.

—Y, ¿quien te ha licenciado del ejército?

—¿A mí?... Nadie.

—¡Nadie! ¿Y estás aquí? Entonces, acabó ya la guerra?

—Oh, no; hay guerra todavía, pero yo me he escapado furtivamente, ¡oh, Pauna!, porque te amo.

—¿Porque me amas?—dijo ella con una áspera y breve carcajada.—¿Entonces tú crees que pueda gustarme tener por prometido un desertor? ¡Vete!

—¡Pero Pauna! ¿Este es tu amor? ¡Me mandas a la muerte, a la perdición!

—Ve donde quieras, mas oye lo que te digo: no seré nunca tu esposa, porque no puedo aceptar por marido un hombre que desprecio.

—¡Tú amas a otro!

—No, Tannas, sólo a tí amo, y he pasado por tí muchas noches en vela; pero nunca me imaginé que amaba a un cobarde.

Y Pauna escondió el rostro entre las manos y lloró.

—¡Y yo que pensaba que me recibirías con júbilo! ¡y que hasta me habrías escondido en tu casa!

—¡Que vergüenza!—exclamó la joven— ¡Que vergüenza, ¡haberme comprometido contigo! Pero te aseguro que antes de que yo sea tu mujer, tendrá que arder el monte Bucegi.

—Y yo a mi vez te afirmo,—exclamó Tannas—que no me volverás a ver si no muerto o mutilado.

Y al decir esto los dos jóvenes se cambiaron tan ardientes miradas que sus ojos brillaron en la sombra. Y entonces se difundió por el cielo una rojiza claridad, y cuando levantaron la vista vie-

ron encendida una de las cimas del monte Bucegi.

El fuego se iba haciendo cada vez mas vivaz, hasta que apareció como una llamarada roja diseminando estrellas por doquiera.

Los dos enamorados quedáronse como petrificados. Se abrieron las ventanas de la vecindad; algunas personas gritaban que se había incendiado la selva y otras que ardía la montaña. Ladraban los perros, y los gallos de las cercanías cantaban a mas no poder.

Pauna, entonces, tomó al mancebo por los hombros, y dándole un empujón, le dijo:

—¡Vete de aquí!, ¡oculta tu cara, o me moriré de vergüenza!

Y después de haberle dicho esto, cerró la puerta de su casa y apagó la lámpara!

Y desde la ventana, con el corazón palpitante, siguió con la mirada a Tannas que se escurría por contra las paredes de las casas; vió subir de grado las llamaradas de la montaña, y extinguirse después con lentitud; y no contestó cuando la llamaron los de su casa a que saliera a ver la maravilla.

A contar de aquella noche en adelante Pauna fué palideciendo día por día, y lo notaban todos; la sonrisa había desaparecido de aquellos labios tan prontos en otros tiempos a las chanzas y burlas; y ya no rebatía con punzantes o burlonas salidas las bromas que se le hacían.

Atendía en silencio a sus quehaceres; pero había veces que se sentía tan cansada, que tenía que sentarse junto al pozo, y mojarse con agua la ardorosa frente. Otras veces, con aspecto delirante, mirábase en la linde del pozo o contemplaba el Bucegi con espanto.

De pronto se esparció la voz de que Tannas había estado en la aldea y no faltó quien dijera que lo había visto al resplandor del incendiado monte, y hasta que oyó su voz en diálogo con la de Pauna.

Cuando se interrogó a ésta al respecto, se le emperló la frente de gotas de sudor y temblaron sus labios al contestar:

—La noche en que ardió la montaña ¿no estubo mi casa tranquila y obscura?

Sin embargo, la madre de Pauna meneaba la cabeza, se mordía el labio inferior, y pensaba, que en este siglo malo, sucedían muchas cosas sorprendentes.

Poco después llegó la noticia de que se había librado una sangrienta batalla.

Esta vez, Pauna fue la última en tener conocimiento del hecho: volvió temprano a su casa, envolvió un frasco en un pañuelo y un montón de hilas, y cuando su madre la preguntó adonde iba, le respondió:

—No te inquietes, madre, pronto volveré.

Caía ya el crepúsculo sobre el campo de batalla; millares de muertos yacían tendidos y esparcidos aquí y allá; los caballos pataleaban, luchando con la agonia, o se arrastraban, cojeando, con la cabeza baja.

El ejército estaba acampado al rededor de grandes fogatas, y ya no tenía oídos para los lamentos que le llegaban del campo de batalla.

Una esbelta figura de mujer vagaba sola entre las filas, después de haber buscado a Tannas, y preguntado a todos por él.

Animosa se acercó a amigos y enemigos, dando de beber a más de uno, y observando cuidadosamente los cadáveres.

Llegó la noche y la luna iluminó aquel paraje espantoso. La joven continuaba vagando siempre; arrodillábase junto a los muertos y moribundos; apoyaba las heladas frentes contra su seno y buscaba en los cadáveres y en los heridos deformados horriblemente un anillo y una medalla colgada del cuello.

Sólo uno vez retrocedió aterrorizada y tambaleante: vió algunos mujeres que despojaban un cadáver y oyó el crujir de los dedos al arrancarles los anillos.

Huyó de allí; pero no tardó en volver para observar acongojadamente aquel muerto.

Todo el campo estaba sumergido en el silencio y en el sueño, y Pauna lo recorrió aun a la luz de la luna, llamando algunas veces en voz baja:

—¡Tannas!...

A menudo oía un quejido por respuesta: se acercaba a quien lo había lanzado, le daba de beber, y se alejaba en seguida, moviendo tristemente la cabeza.

Llegó finalmente el alba y poco a poco fué palideciendo la luna. Entonces notó algo que relucía, y acercándose a ella encontró un muerto a quien habían despojado de su casaca, pero cuya mano, en la que brillaba un anillito, oprimía con tanta fuerza algo que pendía del pescuezo, que evidentemente, los despilchadores se habían visto obligados a desistir de abrirle los dedos.

Pauna reconoció su anillo, y exclamando en un grito ¡Tannas!, cayó desvanecida junto a él, cuyo rostro bañado en sangre era apenas reconocible.

Al poco rato volvió en sí, y púsose a lavar aquel rostro querido y pudo ver al través de sus lágrimas que los ojos y la nariz le habían sido cortados de un sólo tajo. Mas vió bien que la sangre brotaba de nuevo y comprendió con júbilo que su novio vivía aún, y se apresuró a refrescarle los labios, y a enjuagarle y vendarle las heridas con las hilas y el pañuelo. Entonces él exhaló un suspiro, y oyendo pronunciar su nom-

bre, empezó a agitar sus manos en el aire y a acariciar la cara a Pauna.

—Mi querida Pauna—dijole con un débil hilo de voz,—déjame morir, estoy ciego; ya no soy nada en la tierra.

—Sí, sí—gritó Pauna,—eres mi prometido, y si Dios quiere, oh amado mío, dentro de poco serás mi esposo. Pero por ahora calla, calla.

III

Han transcurrido muchas semanas después de aquella alborada; y durante todo ese tiempo, Pauna ha velado día y noche a la cabecera de la cama de Tannas y lo ha asistido sin cansarse nunca.

Ese día dos caminantes remontaban la calle principal de la aldea: un ciego envuelto en una capa militar y con una condecoración en el pecho, y una mujer que lo guiaba con tierna solicitud, diciendo a todos con sonrisa feliz:

—Este es mi prometido: es un héroe, lleva la señal sobre el pecho.

—¡Y en la cara!—agregaba Tannas suspirando.

Nunca se celebró en la aldea más espléndida boda. La gente acudió de lejos y de cerca, para compadecer a la hermosa Pauna, al lado del ciego. Pero ella decíale a todos con la sonrisa en los labios:

—¿Qué mayor honra? ¡Tengo un héroe por marido, y gracias a Dios, soy sana y robusta y puedo trabajar por dos!

La montaña que se vió arder, fué llamada desde entonces *Piedra Ardida*, y los cazadores de gamuzas juraron que al día siguiente del suceso, habían hallado las rocas completamente calcinadas.

CARMEN SILVA.



EL SALVADOR AGRICOLA.—Un beneficio de café en las proximidades de Santa Tecla.

SERENATA DE AMOR

(Para "ACTUALIDADES")

Yo quisiera, en un rayo de luna,
 Cabalgando, llegar a tu lecho,
 Y mirarte dormir, como un ángel
 Que Dios a la tierra mandó desde el cielo....
 Y en el blando y silente reposo
 De la noche, en el dulce misterio
 Que tu estancia rodea, acercarme
 Y oír los suspiros que exhala tu pecho....
 En tus labios, dos rojos claveles,
 Dos claveles de amor entreabiertos,
 ¡Oh mi bella y dulcisima niña!
 Posar, atrevido, mis labios de fuego....
 Robar a tu boca
 Las mieles de un beso,
 Beber con delicia
 Tu cálido aliento,
 En mis brazos tomarte, amoroso,
 Y contigo huir lejos, muy lejos....
 Llevarte, bien mío,
 Al país divinal del ensueño,
 Allí donde irradian
 Los altos luceros,
 Los astros fulgentes que ves en las noches
 Brillar, como insectos de luz en el cielo....
 Colocarte en un trono adornado
 Con los claros diamantes más bellos,
 Y poner en tus manos liliales,
 De flores, un cetro...
 Ofrecerte corales y perlas
 Robadas al fondo del pérido océano
 Por un genio de cuentos de hada
 Por un mago benéfico y bueno...
 Poner en tu frente
 La diadema, cual símbolo regio,
 La diadema tejida con lirios,
 Tejida con pétalos
 De rosas y nardos
 Y con rayos de luna muy tiernos....
 Regalar tus oídos de reina
 Con la música suave de un verso,
 Arrancar, para ti, de mi lira
 Los cantos más bellos;
 Alfombrar tu camino de rosas,
 Tu palacio alumbrar con luceros,
 Y una corte de pajes muy rubios,
 De pajes risueños,
 Cual enjambre rodeando tu trono,
 Servir, niña mía, tus regios deseos....
 Yo quisiera poder ofrecerte
 ¡Todo cuanto en el mundo hay de bello!
 Los tesoros y piedras preciosas
 Que esconde en su seno
 La tierra, y que arranca
 La piqueta ruda del pobre minero....
 Los más finos tejidos de seda
 El más raro y mejor terciopelo,
 Los rasos, los tules
 Y encajes más albos, lujosos y regios....
 ¿Pero dónde encontrar yo podría,
 Cual tus ojos, diamantes tan bellos,
 Cual tus labios, corales tan rojos,
 Cual tus manos, tejidos tan tersos?
 Encajes tan albos
 Cual la piel que rodea tu cuerpo,
 Y collares de perlas que valgan
 Lo que valen tus dientes: ¡un reino!
 ¡Oh, niña, eres linda
 Como una princesa de infantiles cuentos!
 ¡Como la muñeca de un escaparate!
 ¡Como figurina de salones regios!
 ¿Sabes, niña mía,
 Sabes lo que quiero?
 ¡Ser el encantado príncipe dichoso,
 El que tantas veces te ha besado en sueños!
 ¿Dime princesita,
 ¿Dime muñequita, cuyo amor anhelo,
 ¿No es verdad que un día, no lejano, yo
 Seré de tus gracias el único dueño?
 ¡Tú serás la reina que mande en mi casa!
 ¡Yo seré el esclavo, que obedezca, ciego
 Tu menor capricho! Plantaré rosales
 Para ti, en mi huerto....
 En dorada jaula, cerca de tu alcoba,
 Bajo un jazminero,
 Pondré un mirlo blanco que exhale sus trinos
 Canoros y ¡eternos,

¡Para que despiertes, cuando ya la aurora,
 Sonrosada y bella, despunte en el cielo!
 ¡No tendré colmenas, muñequita mía,
 Porque para mieles estarán tus besos,
 Que son aún más dulces
 Que las mieles todas del panal más bueno!
 ¡No tendré yo piano, porque para música
 Estará la lira que canta mis versos!
 Y haré mil pedazos
 Los locos eléctricos....
 Porque yo no quiero más luz, muñequita,
 Que la luz radiosa de tus ojos bellos!
 ¡Oh mi encantadora
 Linda princesita, cuyo amor anhelo,
 ¡Oh mi dulce niña,
 Por quién triste vivo, por quien vivo enfermo!
 ¡Vuelve a mi tus ojos y dime que quieres
 Colmar mis deseos!
 ¡Vuelve a mi tus ojos y dime que mías,
 ¡Que mías son todas tus risas y besos!....
 RAÚL CONTRERAS.

Diciembre de 1918.

MARAVILLAS CELESTES

SABEMOS que la luna, con su misterioso fulgor, está iluminada por el mismo sol que nos alumbra, y se halla tan cerca de nuestro planeta, que podríamos llegar hasta ella por medio de un puente de veinte arcos, cada uno del diámetro de la tierra. Sabemos que los otros planetas, Venus brillante, Marte con sus rojizos continentes, Júpiter envuelto en nubes, Saturno rodeado de fantásticos anillos, reciben todos la luz del sol y están sujetos a leyes orgánicas semejantes a las que aquí nos rigen. Sabemos que cada estrella es un sol, y que la más cercana a nosotros se halla a una distancia de 25.625.000.000,000 de millas. Siro está dos veces más lejos; Aldebarán, tres veces; Altair, cuatro; Vega, cinco veces más lejana todavía. Más allá de esos luceros hay otras estrellas, a una distancia de nosotros de billones de millones de millas y hasta de billones de billones de millas. Sabemos que hay más de cien millones de soles en el universo visible, y que todos ellos se mueven a razón de cincuenta a doscientas millas por segundo; que algunos de esos soles acaban de nacer y despiden llamas de hidrógeno de una brillantez deslumbradora; que otros se hallan en la agonía de la muerte, y a través de la obscuridad de la noche, parecen gotas de sangre próxima a coagularse, y que otros fulguran como diamantes, topacios, rubies, esmeraldas, zafiros, turquesas y amatistas.... Todo forma una inmensa unidad, la unidad de una fuerza que, aunque desconocida, es inteligente.

....Somos ciudadanos, no de una ciudad, ni de una nación, ni siquiera de la tierra. Somos ciudadanos del universo..

CAMILO FLAMMARION.

FALLECIMIENTO DE LA DISTINGUIDA SEÑORITA HERMINIA GALINDO

DOLOROSA es la realidad de la muerte; pero afecta más nuestros sentimientos, cuando la persona que exhala el postrer aliento, ha sido modelo de virtudes y ejemplo vivo de nobleza.

Haber llenado cumplidamente su misión sobre la tierra y tramontar la vida con la tranquilidad de un día primaveral, que oculta sus últimos resplandores en una apoteosis de blancas nubes y levemente se sucede la noche de la eternidad, es la más sublime y noble de las aspiraciones; pues en la estela luminosa de un pasado immaculado, no se ven sino las estrellas impalpables del amor y del recuerdo.

Tal sucedió con la señorita Herminia Galindo. Vino al mundo para ser buena y del mundo regresó a lo ignoto, cubierta con la clámide extarrenal de los predestinados.

La extinta fué hermana del eminente ciudadano doctor don Francisco E. Galindo, honra muy preciosa del Foro salvadoreño y cuyo recuerdo, al través de los años, se conserva como en los días en que su palabra elocuente arrebatava las multitudes.

También la señorita Galindo fué madre adoptiva amantísima de nuestro buen amigo don Alberto Galindo.

Hoy la tierra guarda aquellos despojos corpóreos que albergaron una alma enviada al mundo para esparcir el bálsamo del consuelo y el perfume de la esperanza.

Que su mirada tierna y amorosa no se aparte de los suyos que deja en la vida, ya que su recuerdo será imperecedero.

Váyale a sus familiares las expresiones sinceras de nuestro pesar y en particular a don Alberto Galindo —LA PRENSA.

EL DOCTOR RAMOS SERA SEPULTADO EN SAN SALVADOR

SE están haciendo arreglos para embarcar los restos del Dr. Pedro Alfonso Ramos, notable médico, novelista y poeta, de regreso a su patria San Salvador, para la inhumación.

El Dr. Ramos sucumbió víctima de la influenza en Yuma, Arizona, donde dirigía la campaña contra el flagelo de la epidemia. Su cadáver ha sido temporalmente inhumado en el Cementerio de la Santa Cruz, y los ritos fúnebres finales quedan aplazados para ser celebrados en San Salvador.

El extinto era miembro del Cuerpo médico del Pacífico Sur en esta ciudad, quien le envió a Arizona a combatir la influenza. Hace dos meses que llegó aquí procedente de San Salvador.

Era el Dr. Ramos una figura prominente en la vida política de San Salvador, donde también adquirió considerable fama como escritor y poeta. Era autor de varias obras científicas sobre enfermedades mentales. Sus producciones poéticas en español eran las favoritas de sus compatriotas.

El doctor Ramos patentó recientemente un invento calculado para salvaguardar de la amenaza de los submarinos a los barcos-transportes de los Estados Unidos. El Presidente Wilson y altas autoridades navales le enviaron comunicaciones oficiales de gracias por esa obra.

El extinto contaba 33 años de edad. Le sobreviven un padre y una madre, el señor y la señora Pedro Ramos; una hermana, la señorita Natalia Ramos, pianista ampliamente conocida, y dos hermanos, Ricardo y Humberto Ramos. Humberto Ramos es el corresponsal español de la «Pacific American Trading Company», con una oficina en esta ciudad.

(Traducido de «The Bulletin», de San Francisco, Cal., del 11 de noviembre último.)

LAS JOYAS DE AMALIA

por JOSE LOPEZ PORTILLO Y ROJAS

Director de la Academia Mexicana de la Lengua

BOQUIABIERTOS y sorprendidos quedaron los habitantes de la humilde casa de vecindad ubicada frente al jardín de Netzahualcóyotl, al ver detenerse, temprano, una mañana, ante la gran puerta, un deslumbrante Renault, conducido por grave y elegante choffeur, que con manos hábiles y firmes, hizo girar la rueda de la dirección y parar el movimiento de la máquina en aquel sitio. Una fina mano de mujer, aprisionada por ajustado guante color de canario, abrió la portezuela, y bajó luego del vehículo una joven hermosísima, como de veinticuatro años, alegre, ligera y muy elegante.

Sin detenerse a hablar con la portera, que salió hasta el umbral llena de curiosidad, llevando en brazos un crío, subió por la volada escalera de hierro que al frente se levantaba, hasta el último piso, y parándose delante de la cerrada puerta de una vivienda, asió la

argolla de metal que pendiente de un cordón a la vista se ofrecía, y tiró de ella. Sonó adentro una campana de sordo timbre, y acudió a abrir la cocinera, enjugándose las gruesas manos acardenaladas por el trabajo y el calor de la lumbre,

—¿Está en casa Amalia?, preguntó la joven.

—Sí, niña, repuso la sirvienta; bañando al nenito.

La recién llegada siguió adelante sin ceremonia, y cruzó el angosto y obscuro pasillo que a la salita conducía, a la derecha del cual veíase la estrecha cocina de donde se escapaban olores de legumbres y grasa frita, y ligeras nubecillas de humo, a la izquierda del comedor, pequeñín, mezquinamente amueblado, y más adelante la sala.

En ella entró la joven con paso seguro y lleno de confianza. Alfombra de grandes cuadros amarillos y cafés, pro-

ducto de la industria nacional, cubría el piso. Ajuar compuesto de un confidente, dos silloncitos y cuatro sillas, tapizado de tela roja de algodón floreada de amarillo y columnas con jarrones de yeso en los rincones, cromos por las paredes y mesa de centro barnizada de negro (sobre la cual había retratos con marcos de metal y varillas apropiadas para mantenerlos erectos), formaban el mobiliario y adorno de aquella reducida estancia. Pero en el balcón, que daba a la calle, había tientos de flores bien cuidadas, cuyo aroma embalsamaba el ambiente, y una jaula pendiente del marco, donde andaba saltando, picoteando y trinando un precioso canario de sedoso y pajizo plumaje. Penetraba el sol sin estorbo de colgaduras ni transparentes, y todo lo inundaba de regocijo.

—¡Amalia! ¡Amalia!, gritó la joven al hallar desierta la salita, ¿dónde estás?

—Aquí, Cecilia, repuso otra voz fresca de mujer; en mi cuarto, entra.

Eran hermanas Amalia y Cecilia y tenían entre sí una gran semejanza; sólo que la segunda parecía más bella por el lujo que en su persona desplegaba. Vestía Amalia sencillo peinador blanco adornado de encajes; había arreglado el pelo en nudo alto sobre la cabeza; y mostraba desnudos los torneados brazos hasta el codo, de donde bajaban anchas mangas flotantes. Ocupábase en aquel momento, como la criada lo había dicho, en bañar al niño Miguelito, de menos de un año de edad, preciosa criatura calva, blanca, sonrosada, de ojos garzos, redondas mejillas y manecitas y piesecitos hoyuelados y como de nácar. Nadaba el angelito en tina diminuta de peltre, rebosante de agua cristalina, donde bogaba dos o tres pequeños calabacinos sobredorados y de brillantes colores. Manténale la madre en alto la cabeza con una mano para que no naufragase en aquel mar tempestuoso, mientras con la otra manejábale y acariciábale la monda y delicada mollera. Gozoso el niño, no cesaba de mover y agitar pies y manos, sacándolos de la bañera y volviendo a ocultarlos en sus cristales, o bien cogía entre los delicados y sonrosados dedos los flotantes calabacinos para soltarlos de nuevo y abandonarlos a su espontáneo vaivén y natación. Y entre tanto, reía y reía con borbotones de carcajadas argentinas, o bien gritaba lleno de júbilo, dando a entender que el baño le parecía una delicia.

—Dispensa, Cecilia, dijo Amalia al ver a su hermana, que no te dé la mano, la tengo mojada y necesito cuidar al niño para que no se voltee.

—Razón te sobra, hermana, repuso Cecilia. ¡Mira que precioso está Miguelito! ¡Si parece un Niño Dios!

Cual si supiese el embeleso que con

sus gracias producía, continuaba gorjeando como un pájaro el chicuelo, y mostraba al descubierto en su constante reír las tiernas, sonrosadas y desdentadas encías.

—¡Si es un encanto!, continuó Cecilia; todos los días más bonito. No sé dónde vaya a parar si sigue haciendo progresos.

—Es precioso, preciosísimo, repuso Amalia con cándido y purísimo orgullo pintado en los grandes ojos cariñosos. ¡Es mi vida, mi amor, todo mi querer!

E inclinándose, besó repetidas veces la tersa frente de la criatura, salpicada de diáfanos y frescas gotitas

Cecilia no apartaba la mirada del sobrinito, sin ver la pobre cama de hierro, ni el armario sin la luna, ni las sillas de tabla perforada, ni el estrecho aguamanil con palangana y jarra de peltre, ni ninguno de los miserables accesorios que ocupaban el cuarto; sólo al niño contemplaba, sólo al querubín, sólo a la criaturita de Lios, que parecía pequeña magestad que todo lo alegraba y embellecía con su presencia; estrellita de oro que iluminaba aquel sitio, como si de su cabecita, de sus plácidos ojuelos, de su rollizo cuerpecito y de todos los poros de su piel saliesen y brotasen efluvios de luz matinal.

Concluido el baño, siguió el dilatado y laborioso trabajo de sacar al niño de la tina, arroparle secarle y vestirle. Para todo ello prestó Cecilia solícita y cariñosa ayuda a su hermana, quitándose los guantes, dejando caer de los hombros el abrigo de pieles y enrollando hacia arriba las mangas para que no estorbasen.

—¡Hermana, que te vas a mojar! ¡Que echas a perder el vestido!, decíale Amalia.

No importa, contestaba Cecilia; déjame, déjame. No te puedes figurar cuanto me divierte.

Y al enjugar al niño, cubríale de ósculos por donde quiera, cabeza, frente, mejillas, pecho, pies y manos, y hasta solía suceder que topasen las frentes de las dos hermanas en el intento simultáneo de posar la boca en cualquier trocito de aquella carne suave y luminosa.

Vino después la tarea de vestir al angelito, poniéndole la fina camisa ajustada al cuello y a las muñecas con cordoncitos, que corrían dentro de jaretas diminutas, y las medias de seda, y los zapatitos de estambre, y los blancos pañales, y, por fin de todo, la gorrita ornada de cintas y encajes.

Una vez concluido todo eso, tomó Cecilia al pequeñín púsole en el regazo, SE LO COMÍA CON LOS OJOS, según su propia expresión y no cesaba de hacerle mimos y caricias. No le corría el tiempo, ignoraba dónde se hallaba y no sabía de sí.

Sacóle de su arrobo, la llegada de los otros dos niños, muy bellos también, hombrecito y mujercita, aquel de cinco y ésta de cuatro años, los cuales asistían al Kindergarten y tornaban a casa a las doce.

—¡Cómo!, exclamó Cecilia al verlos, ¿las doce ya?

Y echó una mirada al reloj de pulsera que ni siquiera se le había ocurrido consultar hasta entonces.

—¡Y bien pasadas!, continuó. ¡Jesús y cómo se me ha ido el tiempo! Más de dos horas he estado contigo, hermanita.

—A mí también me ha parecido muy corto, repuso Amalia.

—Imagínate que había quedado en buscar a mi marido en el Banco a las once y media para ir a comprar un collar a la Esmeralda.

—Pero ya no fuiste; ahora quédate otro rato.

—No, no; voy a ver si todavía le hallo.

Se desprendió de Miguelito con trabajo, después de acariciarle una vez, y otra, y otra; se levantó, arregló el traje, recobró el abrigo de piel, se caló los guantes, y, ya para despedirse, dijo a su hermana con tono tímido:

—Oye, Amalia, hace varios días quiero hacerte una proposición.

—¿Cuál, hermanita?

Vaciló Cecilia, se puso colorada y al fin murmuró:

—Que me des a Miguelito.

—No seas bromista, Cecilia.

Al cabo, ustedes tienen tres, y yo ninguno Mira, le cuidaré mucho, me desviviré por él, y después, será nuestro heredero.

—¡Qué ocurrencia, Cecilia! Ni lo vuelvas a decir. Por ningún oro del mundo me desprendería de mis hijos.

Y doblando el cuerpo hasta alcanzar a los mayorcitos, abrazó a todos al mismo tiempo, junto al pecho, bien apretados, como si quisiese defenderlos de un imaginario peligro.

—Son mi tesoro continuó diciendo Amalia; las únicas joyas que poseo.

—Tienes razón, repuso Cecilia, suspirando ¿Cuándo vuelves a bañar al niño?

—Mañana a la misma hora.

—Entonces hasta mañana.

Cecilia halló a su anciano esposo muy ocupado en el Banco, y no quiso interrumpirle; así que, montando de nuevo en el automóvil, se dirigió al palacete que habitaba en la Colonia Juárez. Venía triste, y al llegar no fijó la mirada en la escalinata de mármol, ni en los cristales emplomados de la gran puerta, ni en los criados de librea, ni en las mullidas alfombras, ni en cosa alguna del lujo que la circueja. Pensaba mucho. En realidad, tenía ella misma la culpa de lo que pasaba. Hijas ella y Amalia de una buena

familia empobrecida, cada cual había elegido su destino: su hermana se había casado por amor con un empleadillo del Ministerio de Hacienda, y ella, por conveniencia con un viejo bueno, cariñoso y acaudalado. No era desgraciada estimaba a su consorte pero

Sin quitarse los guantes ni el sombrero se dejó caer en un sillón y quedó absorta pensando en mil cosas íntimas. Largo rato después vino la camarera, a sacarla de aquella abstracción.

—Señora, le dijo.

—¿Qué hay?

—Un dependiente del Banco desea hablar con usted.

—Que pase.

Entró el empleado trayendo un paquete.

—El señor, dijo haciendo una profunda reverencia, me ha encargado entregue a usted esto. Dice que esperó a usted hasta después de las doce, y fué sólo a la Esmeralda,

Y dió a Cecilia el paquete.

Cuando la joven se quedó sólo deshielo la envoltura y sacó un estuche de gran tamaño. Abriólo con indiferencia, y halló que contenía un riquísimo collar una «riviere» compuesta de innumerables brillantes, gruesos, diáfanos y de cegadoras aguas. Aquella alhaja representaba un capital condensado; era toda una fortuna cristalizada en una maravilla de perlería, digna de ornar la blanca y mórbida garganta de una princesa, de una reina. Sí, pero

Cecilia, en vez de alegrarse, sintió una oleada de tristeza que le subía del corazón. Sin saber por qué pensaba en Miguelito; comenzó a sollozar y acabó por cubrirse el rostro con ambas manos. Y las lágrimas que brotaban de sus ojos y rodaban por sus mejillas, cayeron como tenue lluvia sobre la rica joya y aumentaron el número de estrechitas de aquella rutila constelación.

JOSÉ LOPEZ PORTILLO Y ROJAS.



CURIOSIDADES

UNA mujer barbuda no es un fenómeno muy raro. La hija del emperador Maximiliano I de Alemania, Margarita de Saboya, gobernadora de los Países Bajos desde 1507 hasta 1530, poseía una barba larga, igual a la de un hombre. Una joven ginebrina, la señorita Bois de Chêne, tenía también una barba negra y patillas muy pobladas, a la edad de 18 años, en 1852. Pero caso único es el de una mujer, tomada prisionera por los rusos en la batalla de Pultowa, en 1709: esta dama se permitía ser legítima propietaria de una barba de 1 metro y 20 centímetros de largo.

EL CRANEO QUE SE MOVIA

HAY en todos los hombres un recóndito temor a lo sobrenatural. Supersticiones lejanas que el atavismo conserva, educación fragmentaria de creencias que se transmiten de generación a generación, y ponen su sello indeleble e invariable de la suposición, mas o menos clara, de que más allá de la muerte hay algo que no alcanzamos ni alcanzaremos a definir.

El pueblo venerador de muertos por excelencia, el pueblo egipcio, supo que la vida transitoria de los hombres no era sino un breve pasaje hacia lo eterno e inmutable.

Los griegos realzaron estas ideas y afirmaron la inmortalidad del alma, que la civilización ha recogido con unción devota y las ha difundido en los pueblos todos que viven y vivirán todavía bajo la noble égida de la hermosa creación de la filosofía humana.

Un cráneo que se mueve y que gestícula no es realmente un caso frecuente, pero sí, es una revelación de que las cosas aparentemente sobrenaturales no van más allá de una razón natural siempre que ella sea esclarecida con el análisis supremo de un cerebro soliviantado de supersticiones, y secretas cobardías que fructifican, precisamente cuando la cultura primera no ha tenido por base y norma la supremacía de una idea orientadora en el principio y fin de la vida terrena.

El hecho es real, sin embargo.

He visto, y han visto otros a mi pedido, un cráneo del esqueleto escolar, moverse y mover las mandíbulas descarnadas, con movimientos rítmicos como si tratase de pronunciar palabras difíciles, a ciertas horas de la noche, cuando el gabinete de Historia Natural estaba solitario y silencioso.

La primera vez, al entrar para dejar mis libros y mirando sin observar la blanca silueta, vi un momento el balanceo notable de la cabeza esquelética, pero como el esqueleto estaba con su forro de brin blanco, no dí mayor importancia al suceso.

Después de dictar mis clases nocturnas, al volver para tomar mis libros, agujoneado ya por lo extraño del caso, observo detenidamente y vi otra vez el movimiento más pronunciado, tan pronunciado, que creí, bajo el erizamiento, ver que no solo movía la cabeza, sino también los brazos, las piernas, y, además, me parecía oír el castañeteo de los dientes y el cric-crac de las falanges al chocar entre sí.

Con un completo escalotrio recojí mis libros y el sombrero y salí precipitadamente.



¿Soy Linda?

Cada vez que una mujer se mira en el espejo (y no son pocas) es para preguntarse: "¿Hago buena cara?". Y muchas hay que a fin de parecer más bellas se aplican al rostro polvos, reuge, pomadas. Pero la mujer prudente sabe que estas cosas artificiales la perjudican y procura obtener la belleza natural, que sólo se consigue con una salud perfecta. La mujer prudente tiene siempre los labios rojos y el cutis fino y terso, no a causa de polvos y cosméticos, sino porque purifica y enriquece su sangre tomando diariamente las

Píldoras Rosadas del Dr. Williams

que son el mejor renovador de la sangre, la sangre que es la fuerza motriz de la vida, que es lo que dá calor, color y soltura a su cuerpo, viveza en la mirada, alegría de vivir.

Esa noche no pude conciliar el sueño. Estaba en plena reflexión morabrina. Quise creer que el alma de aquel esqueleto estaba con él y que era preciso renunciar a la evidencia o proponerse un procedimiento espiritista.

Yo soy incapaz para las dos cosas.

Volví todas las noches siguientes, y en el mismo instante en que dejaba mis libros sobre la mesa, y mi sombrero en la percha, daba el vistazo revelador y

veía, cada vez más familiarmente, el balanceo de la cabeza.

Cierta noche tuve una idea. Llamé a un alumno y procedimos a descubrir el esqueleto. El muchacho palideció en el momento de aproximarnos....

—¿Qué hay, Manuel?

—¡Se... señor! ¡Parece que se mueve solo!

—¡No, hombre! ¿Estás asustado?

—¡Sí... sí... señor! Vi que se movió... le juro señor...

—Bueno, vamos a quitarle el vestido a ver si se mueve de frío.

En efecto, cuando acabamos de descubrir el blanco forro, la cabeza se movió con gran alborozo y la boca parecía sonreírnos.

Hice un gran esfuerzo para sostener mi serenidad.

El muchacho quiso irse corriendo; pero le detuve y le dije a media voz: "es el aire que le hace mover", pero yo no podía evitar que un temblor súbito se apoderase de mí.

Al fin, despedí al muchacho y revisándome de gran valor empecé a observar de cerca el misterioso movimiento.

Toqué el frontal y presioné hacia atrás y nada, se quedó quieto.

Con un lápiz, golpeé levemente los dos parietales.... Nada. Quietud completa.

Al día siguiente referí a algunos de mis colegas, maestros y maestras, en medio de risas y ademanes de incredulidad.

—¡Nada, señores! Si ustedes dudan, vengan ésta noche a la escuela nocturna y se convencerán....

—Bueno, iremos....

**

A la hora convenida estábamos reunidos en el gabinete.

El esqueleto estaba, a mi pedido desnudo.

Apenas habíamos acabado de guardar silencio, cuando una especie de palmada nos anunció el fenómeno.

Todos a una fijamos nuestros ojos en el esqueleto, y él con su cabeza brillante y sus órbitas negras de abismo, empezó a moverse de lado y de frente...

Las mujeres palidecieron, los hombres se miraron unos a otros.

Salimos al corredor y triunfante sobre mis compañeros, les pregunté:

—¿Y?

A lo que ellos contestaron:

—¡Y!

Al día siguiente, por la tarde, pedí la llave del gabinete y entré dispuesto a desarmar el esqueleto, y buscar la causa del movimiento.

Apenas separé la cabeza, sentí que dentro se movía algo... un animal.... tan animal que fué necesario despedarlo para poder dejarlo libre.

El murciélago vivía dentro del cráneo, pero no sabía, por cierto, que había aterrorizado a tanta gente....

Y, como decíamos, las sobrenaturalidades no son otra cosa que cosas muy naturales que escapan a nuestra observación superficial e imperfecta.

ERATO IVAN

LOS SIETE PELOS DEL DIABLO

I

—¡Teniente Mandujano!

—Presente, mi coronel.

—Vaya usted, por veinticuatro horas, arrestado al cuarto de banderas.

—Con su permiso, mi coronel—contestó el oficial, saludó militarmente y fué, sin rezongar a cumplimentar la orden.

El coronel acababa de tener noticia de no se qué pequeño escándalo dado por el subalterno en la calle del Chivato. Asunto de faldas, de esas benditas faldas que fueron, son y serán perdición de Adanes.

Cuando al día siguiente pusieron en libertad al oficial, se encaminó éste a la mayoría del cuerpo, donde a la sazón se encontraba el primer jefe, y le dijo:

Mi coronel, el que habla está expedido para el servicio.

—Quedo enterado contestó lacónicamente el superior.

—Ahora ruego a usía que se digne decirme el motivo del arresto, para no reincidir en la falta.

—¿El motivo, eh? El motivo es que ha echado usted a lucir uno de los siete pelos del diablo... y no le digo a usted más. Puede retirarse.

Y el teniente Mandujano se alejó architurulato y se echó a averiguar qué alcance tenía aquello de los siete pelos del diablo, frase que ya había oído en boca de viejas.

Compulsando me hallaba yo unas paqueta bibliotecarias, cuando se me presentó un teniente, y después de referirme su percance de cuartel, me pidió la explicación de lo que, en vano, llevaba ya una semana de averiguar.

Como no soy, y huélgome en decirlo, ningún egoísta de marca, a pesar de que:

*En este mundo enemigo
no hay nadie de quien fiar;
cada cual cuide de sígo
yo de mígo y tú de tígo...
¡y procúrese salvar!*

como diz que dijo un jesuita que a dos siglos comía pan en mi tierra, tuve que sacar de curiosidad al pobre teniente, que fué como sacar ánima del purgatorio, narrándole el cuento que dió vida u origen a la frase. Ahí va, lectorcita mía.

II

Cuando Luzbel, que era un ángel muy guapote y engraido, armó en el cielo la primera trifulca revolucionaria de que hace mención la historia, el Señor, sin andarse con repulgos, ni moratorias, ni decretos, ni proclamas, le aplicó tan soberano puntapié en salva la parte, que, rodando de estrella en estrella y de astro en astro, vino el muy faccioso, insurgente y montonero a caer en este planeta, que astrónomos y geógrafos bautizaron con el nombre de Tierra.

Sabida cosa es que los ángeles son unos seres mofletudos, de cabellera riza y rubia, de carita alegre, de aire travieso, con piel más suave que el raso de Filipinas, y sin pizca de vello. Y cata, que al ángel caído lo que más le llamó la atención en la fisonomía de los hombres fué el bigote, y suspiró por tenerlo, y se echó a comprar menjurjes y cosméticos de esos que venden los charlatanes, jurando y rejurando que hacen nacer pelos hasta en la palma de la mano.

El diablo renegaba del afeminado aspecto de su rostro sin bigote, y habría ofrecido el oro y el moro por unos mostachos a lo Victor Manuel. Y aunque sabía que para satisfacer el antojo bastaría un memorialito bien hablado, pidiendo esa merced a Dios, que es todo generosidad para con sus criaturas, por picaras que ellas hayan salido, se obstinó en no arriar bandera, diciéndose *in pectore*:

—¡Pues no faltaba más sino que yo me rebajase hasta pedirle favor a mi enemigo!

—¡Hola!—exclamó el Señor que, como es notorio, tiene oído tan fino que percibe hasta el vuelo del pensamiento,—¿Esas tenemos? ¿Envidiosillo y soberbio? Pues tendrás lo que mereces, grandísimo bellaco.

Y amaneció, y se levantó el ángel protervo, luciendo bajo las narices dos gruesas hebras de pelo, a manera de dos bigoteznos. Eran la Soberbia y la Envidia.

Aquí fué el crujir de dientes y el encabritarse. Apeló a tijeras y a navaja de

buen filo, y allí estaban, resistentes a dejarse cortar, el par de pelos.

—Para esta mezquindad, mejor estaba con mi carita de hembra, decía el muy zamarro, y retorciéndose de rabia, fué a consultarse con el más sabio de los barberos, que era nada menos que el que afeitaba e inspira en la confección de leyes a un amigo, diputado al Congreso. Pero el socarrón barbero, después de alambicarlo mucho, le contestó:

—Paciencia e *non gurrñate*, que a lo que vuesa merced desea no alcanza mi saber.

Al día siguiente despertó el rebelde con un pelito o viborilla más. Era la Ira.

—A ahogar penas se ha dicho—pensó el desventurado.

Y sin más, encaminóse a una «parranda» de lujo, de esas que hacen temblar al mundo y sus alrededores, en las que hay abundancia de viandas y vinos y superabundancia de buenas mozas, de aquellas que con una sola mirada le dicen a un prójimo: «Date preso».

¡Dios de Dios, y la «mona» que se arrimó el maldito! Al despertarse se miró al espejo, y se halló con dos huéspedes más en el proyecto de bigote: la Gula y la Lujuria.

Abotargado por los comistrajos y licores de la víspera, y extenuado por las ofrendas en aras de la Venus pacotillera, se pasó Luzbel ocho días sin moverse de la cama, fumando cigarrillos «predilectos» de la fábrica LA MORENA, y contando las vigas del techo. Feliz semana para la humanidad, porque sin diablo enredador y perverso, estuvo el mundo tranquilo como una balsa de aceite.

Cuando Luzbel volvió a darse a luz, le había brotado otra cerda: la Pereza.

Y durante años y años anduvo el Diabolo por la tierra luciendo sólo seis pelos en el bigote, hasta que un día, por males de sus pecados, se le ocurrió aposentarse dentro del cuerpo de un usurero, y cuando, hastiado de picardías, le convino cambiar de domicilio, lo hizo luciendo un pelo más: la Avaricia.

Tal es la historia tradicional de los únicos siete pelos que forman el bigote del diablo, historia que he leído en un palimpsesto contemporáneo del estornudo y de las cosquillas.

RICARDO PALMA.



CURIOSIDADES

LA palabra «boycott» es un nombre propio. Pertenece a un capitán Boycott, administrador de las propiedades de un gran terrateniente irlandés. Trataba a los trabajadores con tanta severidad que éstos pidieron el retiro del administrador. Fueron desoídos y entonces los campesinos se negaron a trabajar para Boycott y persuadieron a otros a hacer lo mismo. La frecuente mención de este suceso entre los obreros no tardó en generalizar el nombre del protagonista con el significado que ahora tiene.



—Escribe claro, hija mía, las palabras **FRICCIÓN HERÓICA** y que la sirvienta busque la Farmacia de Concepción, frente al Mercado Central. Ese remedio me curará los dolores reumáticos. Tengo fé ciega en él, pues me aseguran que se cuentan por millares los enfermos que se han curado con ese remedio. Que compre, además un **VASO ASENTOL**: quiero tomar el agua purificada por el sencillísimo procedimiento tan generalizado ya del **VASO ASENTOL**.

SI UD. QUIERE TENER AMIGAS

o amigos en todas partes del mundo, escriba a la Directora de *The Argentine Exchange*. — Riglos, 128. **BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA**. — Cuota anual \$1.50 oro americano o \$3.00 por 3 años. Revista trimestral y clave en varios idiomas gratis a los socios.

ESCRIBA HOY.

PIDA FOLLETO.

Dr. ALBERTO E. CHAVEZ

MEDICO Y CIRUJANO

CONSULTAS: DE 10 a 12 a. m. y de 2 a 4 p. m.

Atiende todos los ramos de su profesión y muy especialmente enfermedades de las VIAS GENITO-URINARIAS

Sexta Calle Poniente No. 17, media cuadra al Poniente de la Central de Telégrafos.

Para 1919

MERCURIO

(siete años de existencia)

¿Sabe usted lo que aquí significa la palabra

MERCURIO?

Aunque esta palabra tiene varias acepciones, así en la historia de la Mitología como en la nomenclatura química, y cada ciencia la rodea de atributos y cualidades especiales, aquí representa

MERCURIO

el nombre de la revista española de carácter universal más popular en América.

Si no la conoce escribanos pidiendo un ejemplar de muestra.

Esté usted seguro de que, además de leer los diarios y revistas de la localidad, su información sólo será completa si se suscribe a

MERCURIO

En esta revista se tratan los temas de palpitante actualidad por los más caracterizados escritores de España y América y va, además, ilustrada todos los meses con más de 50 grabados al cobre y una portada a cuatro o cinco colores representativa de una obra notable del arte pictórico. La impresión sobre finísimo papel de esmalte es de las más nítidas que pueden desearse. — **Precio de suscripción al año en El Salvador sólo \$2.00 oro americano.** — Suscribase usted ahora mismo y empiece a recibir esta importante revista desde el próximo enero, si así lo desea, para coleccionar la serie de 1919. Se desean agentes activos y formales. (Inútil solicitar la agencia si no se intenta ocuparse de ella.)

Mercurio Publishing Company

Association of Commerce Bldg.

New Orleans, E. U. de A.

La Ciudad de San Salvador en 1916

por

CARLOS URRUTIA F.

Contenido de este último libro en preparación:

INTRODUCCION. Sinópsis. Información general compendiada. EDIFICIOS PUBLICOS. Palacio Nacional. Escuela Normal de Varones. Teatro Nacional. Cuartel de Infantería. Escuela Politécnica. Universidad Nacional. Casa Blanca. Casa Presidencial. Penitenciaría Central. Cárceles Públicas. Cuartel de Artillería (Zapote). Cuartel «Francisco Menéndez». Maestranza de Ejército. Cuartel de Caballería. Dirección General de Policía. Dirección de la Seguridad General. Tesorería General. Administración de Rentas. Imprenta Nacional. Junta Central de Agricultura. Hospital Rosales. Escuela de Medicina. Profilaxis Venérea. Nuevo Manicomio. Sanatorio de Tuberculosos. Otros edificios de mayor o menor importancia. EDIFICIOS PARTICULARES. Teatro Colón. Teatro Variedades. Teatro Principal. Estación del Ferrocarril de Occidente. Estación del Ferrocarril de San Salvador y Santa Tecla. Estación del Tranvía Urbano. IGLESIAS. Catedral Metropolitana. Basílica del Sagrado Corazón. San Francisco. El Rosario. La Merced. Concepción. Candelaria. El Calvario. La Vega. San Esteban. San Jacinto. Don Bosco. Capilla del Hospital. Logia Masónica. Salas Evangélicas. PASEOS PUBLICOS. Parque Dueñas. Parque Bolívar. Parque Barrios. Parque Arce. Parque Escobar. — Avenida Independencia. Finca Modelo. Hipódromo del Campo de Marte. Paseos suburbanos. MONUMENTOS PUBLICOS. Monumento del Centenario. Monumento de Gerardo Barrios. Monumento de Morazán. Monumento de los Mártires. Monumento del Padre Delgado. Monumento de Barrios y su esposa en el Cementerio General. Estatua del Padre Las Casas. Estatua del Obispo Viteri y Ungo. Estatua de Cristóbal Colón. Busto del General Arce. Busto del Padre Menéndez. Busto del Padre Saldaña. Busto de Porfirio Díaz. Busto de Juan Manuel Rodríguez. Busto de Cervantes. Busto del Dr. Buitrago. Busto de Sara Guerra. Busto del Dr. Araujo. Busto de Morazán en el Cementerio. Estatua de José Rosales. Estatua del Dr. Alvarz. GENERALIDADES. Ferrocarriles. Tranvías. Transportes. Empresas de Automóviles. Empresas de Carruajes. Compañías de Vapores. Otras Compañías anónimas. Capítulos ilustrativos de costumbres y de otro género. Cada monografía irá ilustrada con uno o varios fotograbados según su importancia. Este libro esencialmente salvadoreño, además de su valor histórico y literario, tendrá un directorio general de la ciudad, sin gravámenes para los dueños de establecimientos, salvo los que deseen un reclamo especial de sus negocios, como los que se refieren a Bancos, Ferrocarriles, Luz Eléctrica, Compañías de Seguros, Hoteles, Transportes urbanos y todo lo que involucre explotación particular. La información oficial es honoraria.

Pida Ud. el
Aguardiente de la GUEVA

ES EL UNICO COMPETIDOR DEL MARTELL

Usted se asombrará al probar este licor;
es de intachable finura, y agregándole usted,
bitter, obtendrá un sabroso Cocktail

Por cajas y botellas para agentes,
grandes descuentos

Escriba hoy mismo pidiéndolo a

PEDRO M. RAMIREZ
o "Los Camarones"

SANTA ANA.

MANUEL GUTIERREZ M.

Comerciante en libros

Acepta representaciones
de casas extranjeras

9a. Galle Oriente No. 12

Ciudad de Guatemala, G. A.